

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 536

BARCELONA

OCTUBRE 1975

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



MARIA EN LA HISTORIA

SUMARIO

MARIA EN LA HISTORIA
J. L. G. C.

LA LIGA DE S. PIO V Y
NTRA. SRA. DEL ROSARIO
José Luis Ganuza Cortina

LA VIRGEN DE FATIMA
Y PORTUGAL

EL SANTO ROSARIO, ARMA PODE-
ROSA CONTRA EL LAICISMO
Pastoral del Obispo Mártir
Dr. Irurita

LA VIRGEN MARIA CAPITANA DE
LOS EJERCITOS DE DIOS
J. J. E.-S.

CONSAGRACION AL INMACULADO
CORAZON DE MARIA
(Alocución de Pío XII)

LA DENUNCIA DE LOS ERRORES
DOCTRINALES Y DE LAS SUBVER-
SIONES MORALES
Roberto Cayuela, S. I.

AL MEDIO SIGLO. EN LA TEOLOGIA
DE LA HISTORIA. EL MUNDO ESEN-
CIALMENTE ANTITEOCRATICO MO-
DERNO ENFRENTADO ANTE LA IDEA
FUERZA DE CRISTO-REY. LIII.
Luis Creus Vidal

PORTUGAL: DUO Y DUELO
de Marcel Clement

PORTUGAL SIMBOLO TRAGICO
de Alberto Caturelli

DEL VIETNAM «LIBERADO» POR LOS
COMUNISTAS
de Higinio Arana, S. I.

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)
Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas



Sabemos los cristianos que Dios gobierna el mundo, ejecutando el plan que su divina Providencia tiene trazado desde toda la eternidad. Este gobierno se ejerce a través de los acontecimientos concretos históricos sin perjuicio de la libertad de los protagonistas de ella.

Sabemos también el papel clave del Corazón Inmaculado de María, la omnipotencia suplicante que con su mediación maternal puede conseguirnos de su divino Hijo las gracias necesarias no sólo para la salvación de las almas, sino también para la paz de los pueblos.

En todos los rincones del mundo se invoca a nuestra Madre, bajo distintas advocaciones, en recuerdo de intervenciones milagrosas en favor de sus hijos.

Viene bien recordar en este mes de octubre, dedicado al Santo Rosario, esta asistencia continua de María al pueblo cristiano, ejemplificándola en algunos casos concretos de la historia, para animarnos a invocar a la que es «Auxilio de los cristianos» y «Reina de la Paz» en estos momentos gravísimos que nos toca vivir.

Hoy, que parece que el ateísmo comunista lanza sus más furiosos ataques para acabar con cualquier vestigio de tradición cristiana, hemos de recordar con confianza firmísima que al final « su Inmaculado Corazón triunfará », como prometió en Fátima.

J. L. G. C.

LA LIGA DE SAN PIO V Y NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

JOSÉ LUIS GANUZA CORTINA

Santo Domingo y posteriormente los predicadores de su Orden, fueron introduciendo en la Iglesia una forma de devoción a María consistente en rezar series de Avemarías y contemplar los misterios de Cristo y de la Virgen.

Esta devoción se generaliza en el siglo xv en la Iglesia Universal, avalada con indulgencias pontificias y tomando forma definitiva.

Pero la instauración de la fiesta del Rosario dentro de la liturgia católica tienen su arranque en un hecho verdaderamente trascendental de la historia de la Cristiandad en la que Virgen intervino como principal protagonista del lado de sus devotos. Este fue la batalla de Lepanto contra los turcos en la que la armada cristiana obtuvo una total victoria el 7 de octubre de 1571.

El 17 de mayo del año siguiente S. Pío V instituyó la fiesta de Ntra. Sra. de las Victorias en acción de gracias por la eficaz protección de María.

Su sucesor Gregorio XIII da a la fiesta el nombre de Ntra. Sra. del Rosario colocándola en el primer domingo de octubre.

Clemente XI en 1716 la extiende a toda la Iglesia universal (en España se celebrará desde 1673) y León XIII a San Pío X la fijaron definitivamente el 7 de octubre en la manera que hoy se celebra. Conozcamos algunos datos de aquella histórica cruzada.

* * *

En el año 1552 escribía San Ignacio por mediación de su secretario el P. Polanco unas cartas al P. Jerónimo Naral que se encontraba en Italia animándole a que su contenido llegase a conocimiento del emperador. (ver CRISTIANDAD número 9, año 1944.)

Una preocupación quitaba el sueño a ese gran Santo en aquella época: La influencia de la ex-

pansión turca en el Mediterráneo y sus consecuencias en el desmoronamiento de la CRISTIANDAD. Una solución apuntaba: la creación de una escuadra cristiana que se enseñorease del mar. Entre las razones empapadas de espíritu de defensa y expansión de la fe pesaban fundamentalmente las continuas correrías de los turcos que hacían cautivos a multitud de cristianos con grandísimo peligro de su fe y el cortar el paso a los aliados de Francia con los turcos al igual que lo hacía con los protestantes que por pugna con la hegemonía española, estaba causando el naufragio de la CRISTIANDAD.

Las proféticas observaciones de San Ignacio sobre la situación política de su época incluían la perspicacia respecto a la posición de Venecia a la par que contaban con la ayuda de Portugal, Génova y el pontífice.

Fueron verdaderamente laboriosas las gestiones de San Pío V para poner de acuerdo a las naciones cristianas.

Venecia, que en principio era favorable en los acuerdos con los turcos para mantener su poderío comercial y por influencia francesa, al verse en grave situación por el asedio de Chipre que acabó con la caída de Famagusta, acordó colaborar.

Tras laboriosas gestiones el Papa pone de acuerdo a los participantes en la LIGA

«En un consistorio de 25 de mayo se leyeron los artículos de la Liga, los cuales fueron aprobados por todos los cardenales y luego pasados al Papa y los embajadores de España y Venecia. Grande fue el gozo de Pío V por haberse llevado a feliz término la triple alianza. En memoria de este importante suceso hizo acuñar una medalla conmemorativa y publicó un jubileo general para atraer la bendición del Dios de las batallas sobre el ejército cristiano. Tuvo parte principalmente en las procesiones de rogativas.» (Pastor XVIII, 346)

D. Juan de Austria manda la escuadra Cristiana. Preparativos para el combate

Estimaba mucho el santo Pío V al Padre Cristóbal Rodríguez y le dio para D. Juan de Austria el encargo de repetirle muy en privado y con la mayor insistencia lo que ya le había hecho saber por diversos conductos: que no titubease en dar la batalla, porque en nombre de Dios le aseguraba la victoria. Llevábale también en nombre el Papa un «lignum crucis» de una pulgada de largo y media de ancho, en un relicario tosco de plata con dos ángeles a los lados: era deseo del Pontífice que lo llevase el Sr. D. Juan sobre el pecho en el momento de la batalla.

Mientras tanto, promulgaba monseñor Odescalchi un jubileo plenísimo que concedió el Santo Padre a todo el que fuese en armada confesado y comulgado y rogase a Dios por la victoria contra los turcos. *Ayunó todo el ejército durante tres días para prepararse a ganar aquellas gracias espirituales, y no quedó soldado, marinero ni galeote que no confesase y comulgase y recibiese de manos del nuncio un agnus Dei de cera, bendito por el Papa, dando el primero y principal ejemplo el generalísimo don Juan de Austria con todos los jefes y oficiales.*

Organizose luego una solemne procesión de rogativas y revestido el nuncio de pontifical, concedió desde el altar mayor a todos los que habían de combatir las mismas gracias que concedía la Iglesia a los conquistadores del Santo Sepulcro (P. Coloma, obras comp. vol. XIV, 50.)

La gran victoria cristiana

«Ya se llegaban a tiro de cañón, mandó su alteza don Juan de Austria enarbolar un crucifijo y muchas imágenes de Nuestra Señora, y con grandísima devoción, él y todos, puestos de rodillas, hicieron oración a Dios, y a su Santísima Madre... Los turcos, además de tener mayor armada, tenían favorable el viento; pero cambió cuando comenzaba el combate. Seis de nuestras naves rompieron el círculo que formaba la armada enemiga. Embistiéronse con furia unas contra otras, y la capitana turca metió el espolón en la nuestra, con peligro de hundirla. Pero en vez de saltar los turcos a la capitana española, los nuestros saltaron a la turca, y un soldado español mató con su espada al Bajá, le arrebató la bandera, y le cortó la cabeza. Con esto se decidió por los cristianos la victoria.» (Gonzalo de Illescas.)

«Murieron 8.000 cristianos y más de 20.000 turcos; se recuperaron 16 galeras venecianas, se rescataron más de 12.000 cautivos cristianos, se echaron a pique 40 galeras turcas, y se cogieron 160, más 20 galeones y 3.460 —según otros, 12.000— prisioneros turcos; entre ellos, los hijos del Bajá, y murieron varios más y gran parte de la nobleza de Constantinopla.

Por muchas razones se ha de atribuir esta victoria a la Santísima Virgen.

Cuentan que San Pío V, arrebatado en éxtasis, lo supo desde Roma, y no dudó en señalar el Rosario como factor decisivo, pues no sólo en la ciudad sino también —al mismo tiempo—, en muchas partes del orbe, se cantaba por las calles la Corona de la Virgen. Instituyóse la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

Este Papa, en su Bula Monet Apostolus, en 1573, dos años después de la batalla hace notar que el mismo día de la victoria contra los turcos, «todas las cofradías del rosario, establecidas por todo el mundo, salieron procesionalmente... y elevaron a Dios piadosas oraciones, las cuales hay que creer que fueron muy provechosas para conseguir dicha victoria por intercesión de la Santísima Virgen, y hemos juzgado que haríamos una buena obra, si para conservar el recuerdo de tan gran victoria, evidentemente concedida por el cielo, y para dar gracias a Dios y a la Santísima Virgen, instituyésemos una fiesta solemne denominada del Rosario.»

Don Juan de Austria, en cumplimiento del voto que cuentan que hizo a la Virgen, va en peregrinación a Loreto en el invierno de 1576, con 10.000 cristianos cautivos, que dejaron allí sus hierros y cadenas. Con ellos se construyen las verjas de doce capillas laterales. Y envía a Guadalupe el fanal de la capitana turca y a Nuestra Señora de Montserrat llevó personalmente otro farol y trece banderas tomadas al enemigo.

El Sumo Pontífice, antes de la batalla, por medio de Odescalqui había enviado al capitán general de la flota un rosario y entregándoselo el Nuncio dijo: «in hoc signo vinces» (con esta señal vencerás). Y asimismo una bandera, con la Virgen como blasón, y pintada la misma leyenda: «In hoc signo vinces».

Con razón el Senado veneciano, en el cuadro de la batalla del palacio del Dux había puesto esta inscripción: «Ni las tropas, ni las armas, ni el caudillo, sino la Virgen del Rosario, nos ha dado la victoria».

(Año Mariano Robles-Figares)

LA VIRGEN DE FATIMA Y PORTUGAL

El reino de Portugal, al igual que los demás reinos de la Península, se constituyó durante los siglos de la Reconquista frente a la invasión islámica.

Su nacimiento, vinculado a la defensa de la fe, hizo de él un pueblo eminentemente misionero, ansioso de descubrir nuevos mundos para evangelizar. Recordemos a San Francisco Javier navegando en naves portuguesas hasta los últimos rincones del mundo conocido.

Después de muchos avatares históricos, en el siglo XVIII comenzó un proceso sistemático de laicización y descristianización, llevado a cabo por el tristemente célebre marqués de Pombal, ministro de José I. Durante su gobierno expulsó a los Jesuitas de Portugal e influyó de una manera decisiva en la supresión de la orden por la Santa Sede.

Las ideas de la Revolución francesa y la extensión de la francmasonería continuaron la obra.

A principios del siglo XIX la derrota de la causa de D. Miguel en la guerra civil frente a Pedro IV, pone en marcha nuevas medidas antirreligiosas.

En 1834 se suprimieron todas las órdenes religiosas y confiscaron todos sus bienes y establecimientos aún los de caridad.

La caída de la monarquía en 1910 abre la puerta definitiva al sentimiento anticristiano y al año siguiente se proclama la separación de la Iglesia y el Estado.

Se cuenta que el año 1917, cuando el furor sectario parecía atenuarse, los saqueos de iglesias o capillas cometidos fueron: en provincias sesenta y nueve; en Lisboa cuarenta y dos, con profanación de las sagradas especies en la mayor de los casos y, a lo menos, en la capital, a la vista de la policía y del gobierno.

En este momento María escucha a la multitud de creyentes que desde 1915 se agrupa bajo la cruzada del Rosario.

A continuación citamos algunos párrafos del

radiomensaje dirigido a Portugal por Su Santidad Pío XXII el 31 de octubre de 1942, sobre la «Consagración de la Iglesia y del linaje humano al Corazón Inmaculado de María».

Venerables Hermanos y amados Hijos:

Benedicite Deum caeli, et coram omnibus viventibus confitemini ei, quia fecit vobiscum misericordiam suam» (Tob. 12, 6)

«Benedicid al Dios del cielo y confesadle ante todos los vivientes por cuantos bienes hizo a favor vuestro».

Portugal debe agradecer a María la protección de su Patria.

Más de una vez en este año de gracias habéis ascendido en devota peregrinación a la santa montaña de Fátima, llevando con vosotros los corazones de todo el Portugal creyente, para depositar ahí, en ese oasis embalsamado de fe y de piedad, a los pies de la Virgen Patrona, el tributo filial de vuestro acrisolado amor, el homenaje de vuestra gratitud por los inmensos beneficios últimamente recibidos, la confiada súplica de que se digne continuar su patrocinio sobre vuestra Patria de aquende y allende el mar, y extenderlo a la gran tribulación que atormenta al mundo.

Nos, que como Padre común de los fieles hacemos nuestras tanto las tristezas como las alegrías de Nuestros hijos, con todo el afecto de Nuestra alma Nos unimos con vosotros para alabar y engrandecer al Señor, dador de todos los bienes; para bendecir y dar las gracias a Aquella por cuyas manos la divina munificencia nos comunica a torrentes sus gracias.

La fe constitutivo de su nacionalidad.

Y lo hacemos con tanto más gusto cuanto que vosotros, con filial delicadeza, quisísteis asociar

en las mismas solemnidades eucarísticas e imprecatorias el jubileo de Nuestra Señora de Fátima y el vigésimo quinto aniversario de Nuestra Consagración Episcopal: la Virgen Santa María y el Vicario de Cristo en la tierra, dos devociones profundamente portuguesas y siempre unidas en el

afecto del fidelísimo Portugal, desde los primeros albores de la nacionalidad, desde que las primeras tierras reconquistadas, núcleo de la futura nación, fueron consagradas a la Madre de Dios como Tierra de Santa María, y el reino, apenas constituido, fue puesto bajo la égida de San Pedro. (...)

La intervención le sacó del desastre político y le evitó en aquel momento peligros aún mayores.

En una hora trágica de tinieblas y de desvaríos, cuando la nao del Estado Portugués, perdido el rumbo de sus más gloriosas tradiciones, maltrecha por la tormenta anticristiana y antinacional, parecía ya correr a seguro naufragio, inconsciente de los peligros presentes, más inconsciente aún de los futuros —cuya gravedad por lo demás ninguna inteligencia humana, ni la más clarividente, podía prever entonces—, el Cielo, que veía los unos y preveía los otros, intervino piadoso, y de entre las tinieblas brilló la luz, del caos surgió el orden, la tempestad amainó en bonanza, y Portugal pudo encontrar y reanudar el hilo perdido de sus más bellas tradiciones de Nación fidelísima, para continuar —como en los días en que «en la pequeña casa lusitana no faltaban cristianos atrevimientos» para «dilatarse la ley de la vida Eterna» (Camões *Lusíadas*, 7, 3 y 14) — en su ruta gloriosa de pueblo cruzado y misionero.

¡Honor a los beneméritos que fueron el instrumento de la Providencia para empresa tan grande!

La Virgen detuvo el peligro comunista y concedió el florecimiento religioso y la paz política.

Pero gloria primero, bendición y gratitud a la Virgen Señora, Reina y Madre de su Tierra de Santa María, que ha salvado mil veces, que siempre la protegió en las horas trágicas, y que en ésta quizá la más trágica, lo hizo tan manifiestamente, que ya en 1934 Nuestro Predecesor Pío XI, de inmortal memoria, en la Carta Apostólica *Ex officiosis litteris*, daba testimonio de los extraordinarios beneficios con que la Virgen Madre de Dios acababa de favorecer a vuestra Patria (AAS XXVI, 1934, 628). Y entonces, en aquella fecha, aun no se pensaba en el Voto de mayo de 1936 contra el peligro rojo, tan temerosamente próximo y tan inesperadamente conjurado.

Aún no era un hecho la maravillosa paz de que entre tantas dificultades continúa gozando Portugal; paz que, con todos cuantos sacrificios exige, es inmensamente menos ruinoso que la guerra de exterminio que está asolando al mundo.

Hoy, en que a tantos beneficios se añaden és-

tos: hoy, en que la atmósfera de milagro que rodea a Portugal se revela en prodigios físicos y en mayores y más numerosos prodigios de gracias y de conversiones, y florece en esa primavera perfumada de vida católica, prometedora de los mejores frutos, hoy con mayor razón de confesar que la Madre de Dios os ha colmado de beneficios realmente extraordinarios; y a vosotros corresponde el sagrado deber de una gratitud sin límites.

(...)

...la apoteosis de la Virgen Nuestra Señora en su peregrinación desde el Santuario de Fátima hasta la Capital del Imperio, durante las memorables jornadas del ocho al doce de abril pasado, tal vez la mayor demostración de fe en la historia ocho veces secular de vuestra Patria; (...)

El Corazón de María remedio de nuestras desgracias.

¡Reina del Santísimo Rosario, auxilio de los cristianos, refugio del linaje humano, vencedora en todas las grandes batallas de Dios! Suplicantes nos postramos ante tu trono, seguros de alcanzar misericordia y de recibir gracia y auxilio oportuno en las presentes desgracias, no por nues-

tros méritos, de los que no presumimos, sino únicamente por la bondad inmensa de tu maternal Corazón.

(...)

...a Ti, a tu Corazón Inmaculado, en esta hora trágica de la historia humana, confiamos, entregamos y consagramos no sólo la Santa Iglesia, Cuerpo místico de tu Jesús, que sufre y se desangra en tantas partes y atribulada de tantas maneras, sino también todo el mundo tan desgarrado por

feroces discordias, abrasado en un incendio de odios, víctima de su propia iniquidad.

(...)

¡Reina de la paz, ruega por nosotros, y otorga al mundo en guerra la paz que anhelan los pueblos: la paz en la verdad, en la justicia, en la caridad de Cristo. Concédele la paz de las armas y la paz de las almas, a fin de que en la tranquilidad del orden se dilate el Reino de Dios.

(...)

Al reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María.

Finalmente, así como al Corazón de tu Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano con el fin de que, depositada en Él toda su confianza, les fuese señal y prenda de victoria y salvación (cf. Litt. Enc. «Annum Sacrum»: Acta Leonis XIII 19, 79), así también, desde hoy, te sean perpetuamente consagrados a Ti y a tu Corazón Inmaculado, ¡Oh Madre nuestra y Reina del mundo!, para que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios y todos los pueblos, pacificados entre sí y con Dios, te aclamen bienaventurada; y contigo entonen, de un extremo al otro del mundo, el eterno Magnificat de gloria, amor y gratitud al Corazón de Jesús, único en el cual pueden encontrar la Verdad, la Vida y la Paz.

Con la esperanza de que estas Nuestras súplicas y votos sean favorablemente acogidos por la divina Bondad, a vosotros, amado Cardenal Patriarca y venerables Hermanos, y a vuestro Clero, para que la gracia de lo alto fecunde cada vez más vuestro celo; al Excelentísimo Señor Presidente de la República, al ilustre Jefe y a los miembros del Gobierno y a las demás Autoridades civiles, para que el Cielo en esta hora singu-

larmente grave y difícil continúe asistiéndoles en su actividad en pro del bien común y de la paz; a todos Nuestros amados hijos de Portugal continental, isleño y ultramarino, para que la Virgen Nuestra Señora confirme el bien que se ha dignado obrar en vosotros; y a todos y a cada uno de los portugueses, como prenda de las gracias celestiales, damos con todo el amor y cariño paternal la Bendición Apostólica.



INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

NOVIEMBRE

General

QUE LA RESPUESTA DADA AL AMOR DE DIOS SE HAGA PATENTE DE MODO EFICAZ POR EL AMOR Y POR EL RESPETO A LOS HOMBRES.

Misional

QUE SE PROMUEVAN LAS VOCACIONES A LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS LAICALES, PRINCIPALMENTE EN AUSTRALIA, EN LAS ISLAS DEL OCEANO PACIFICO Y EN EL AFRICA ORIENTAL.

Pastoral del Obispo Mártir Dr. Irurita

EL SANTO ROSARIO, ARMA PODEROSA CONTRA EL LAICISMO

Venerables Hermanos y muy amados hijos: Para moveros al rezo del Santo Rosario, particularmente durante el mes de octubre, queremos presentarlo a vuestra consideración como un arma poderosa contra el laicismo, que pretende enseñorearse de nuestra amada Patria.

EL LAICISMO ES IMPPIO, de muy funestas consecuencias para la misma sociedad, y, además, antiespañol.

Es impío: el laicismo va contra los derechos de Dios, pretende desterrarle de la sociedad, de las leyes e instituciones públicas; y va contra los derechos de la Iglesia, en quien ve a una enemiga suya, y por eso atenta contra su libertad e independencia, y la despoja de los medios y recursos de que necesita para realizar su misión, que es procurar la gloria de Dios por la salvación de las almas.

ES ANTISOCIAL, de funestísimas consecuencias para la misma sociedad: «El reino de los impíos es la ruina de los hombres», se dice en el libro sagrado de los Proverbios (XXIII, 12). Y más adelante: «Cuando se multiplican los justos, se llena de gozo el pueblo; cuando los impíos toman las riendas del gobierno, el pueblo tendrá que gemir» (XXIX, 2). No se puede atentar contra Dios, sin atentar al mismo tiempo contra la sociedad, de la cual es autor y conservador, centro de su vida. No hay edificio sólido sin fundamento, ni sociedad bien ordenada y consistente sin Dios. Cuando de un pueblo se ausenta Dios, que es caridad y santidad, aparecen los egoísmos, las rebeldías, las concupiscencias desordenadas, la sensualidad en todas sus más asquerosas manifestaciones.

ES ANTIESPAÑOL, como lo declara el Sumo Pontífice en su encíclica *Dilectissima Nobis*, diciendo: «Mas, si para cualquier pueblo es, sobre impía, absurda la pretensión de querer excluir de

la vida pública a Dios, Creador y pródigo Gobernador de la misma sociedad, de un modo particular repugna tal exclusión de Dios y de la Iglesia de la vida de la Nación Española, en la cual la Iglesia tuvo siempre y mercedamente la parte más importante y más benéfica activa, en las leyes, en las escuelas, y en todas las demás instituciones privadas y públicas». La religión es la entraña viva de nuestra patria, el alma de su historia, la fuente inexhausta de sus grandezas y heroísmos legendarios. El catolicismo la fundó, el catolicismo la engrandeció, el catolicismo la ha salvado de las graves crisis y peligros, así interiores como exteriores. Por tanto los laicos que pretenden su apostasía, separándola de Dios y de su Iglesia, no son verdaderos españoles, no pueden llamarse «españoles por la gracia de Dios».

Debemos, por tanto, combatir el laicismo con todas nuestras fuerzas, con los medios más eficaces. Para eso, quiere especialmente el Santo Padre que se organicen las huestes valerosas de la acción católica. Para eso instituyó también la fiesta de CRISTO REY, como lo declara en la Encíclica *Quas Primas*, por estas palabras: «Si ahora mandamos que CRISTO REY sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos también en las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio efficacísimo a la peste que hoy infecciona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos el llamado laicismo, con sus errores y sus abominables intentos... Para condenar y reparar de alguna manera esta pública defección, producida, con tanto daño de la sociedad, por el laicismo, ¿no parece que debe ayudar grandemente la celebración anual de la fiesta de CRISTO REY entre todas las gentes?

EL ROSARIO, ARMA PODEROSA CONTRA EL LAICISMO, juntamente con eso el Santo Rosario es un arma poderosa contra el peligro del laicismo. La Iglesia, hablando en la liturgia de la

Virgen le dice: «Alégrate, Virgen María, tú sola has destruido todas las herejías en el universo mundo». Y el Santo Rosario ha sido cabalmente desde su aparición el arma que ha esgrimido contra los adversarios de nuestra fe. En sus Misterios nos presenta ya el Santo Rosario una síntesis completa de las verdades que hemos de creer; y el que devotamente le considerare al rezarlo, no es posible que no sienta avivarse su fe y encenderse su caridad, mayormente concurriendo en abundancia la gracia divina que en el Rosario se pide con oraciones vocales más augustas y eficaces.

Judit triunfó de Holofernes, cortando la cabeza al golpe de la espada, Jael triunfó de Sísara, traspasando sus sienas con un clavo. La Virgen María, figurada en esas mujeres bíblicas, defiende nuestra fe y triunfa de sus enemigos con el arma del Santo Rosario, ¿no fue ésta por ventura, la que consiguió las victorias contra los albigenses, las de Lepanto y otras más contra los turcos? Así lo han sentido los Sumos Pontífices al instituir en agradecimiento la festividad del Santo Rosario; y no han cesado de fomentar esa devoción y de recomendarla, además como medio poderoso para atraer sobre sí la protección de la Virgen y merecer toda suerte de beneficios, así públicos como particulares.

ELOGIOS DE LOS PAPAS AL ROSARIO. — Queremos consignar aquí algunos elogios pontificios, según los trae León XIII en su encíclica "*Supremi Apostolatus*" «Urbano IV aseguró que el Rosario proporcionaba todos los días ventajas al pueblo cristiano; Sixto V dijo que este modo de orar cede en mayor honra y gloria de Dios, y que es muy conveniente para conjurar los peligros que amenazan al mundo: León X declaró que se había instituido contra los heresiarcas y las perniciosas herejías, y Julio III le apellidó loor de la Iglesia. San Pío V dijo también del Rosario que, con la propagación de estas preces, los fieles principiaron a enfervorizarse en la oración y llegaron a ser hombres distintos de lo que antes eran; que las tinieblas de la herejía, se disiparon, que la luz de la fe brilló en su esplendor. Por último Gregorio XIII declaró que Santo Domingo había instituido el Rosario para «aplacar la ira de Dios e implorar la intercesión de la bienaventurada Virgen María». El mismo León XIII vio en el Rosario el remedio más oportuno contra los errores y males, que afligían a la Iglesia, y ordenó que se rezara pública y solemnemente en las Igle-

sias durante el mes de octubre, y excitó a todos los cristianos a recitarlo en el seno de sus familias y perseverar en tan santo ejercicio.

ESPERANZAS SOBRE EL PORVENIR CATOLICO DE ESPAÑA. ¿Por qué no hemos de confiar también nosotros en que la Virgen del Rosario nos alcanzará la victoria contra el laicismo, esa peste heretical de los tiempos modernos, sobre todo si acudimos a sus pies con la súplica fervorosa y constante del Santo Rosario? ¿Por qué no hemos de esperar que vendrán tiempos mejores, en que, barrido el laicismo de nuestra Patria, brille de nuevo y aún con mayores fulgores la religión católica en las ideas, sentimientos e instituciones y costumbres públicas?

El Sumo Pontífice en su citada encíclica "*Dilectissima nobis*", nos exhorta a todos a tomar parte en esta cruzada espiritual contra el laicismo: «Queremos aquí de nuevo afirmar, nos dice, nuestra viva esperanza de que nuestros amadísimos hijos de España, penetrados de la injusticia y del daño de tales medidas, se valdrán de todos los medios que, por naturaleza y por ley, tienen a su alcance, a fin de inducir a los mismos legisladores a reformar disposiciones tan contrarias a los derechos de todo ciudadano y tan hostiles a la Iglesia, sustituyéndolas con otras que sean conciliables con la conciencia católica... Recomendamos de nuevo a todos los católicos de España, que, dejando a un lado quejas y particulares intereses y subordinando el bien común de la patria y de la Religión al propio parecer, se unan todos disciplinados para la defensa de la fe y para alejar los peligros que amenazan a la misma sociedad civil. De un modo especial invitamos a todos los fieles que se unan a la Acción Católica, tantas veces por Nos recomendada». Y termina el Santo Padre confiando para esto, sobre todo, en la inmensa bondad del Señor y en la eficacia de la Oración.

Así, amados diocesanos: sin la oración no haremos nada. Solo Dios puede otorgarnos tan grandes bienes, y nos lo otorgará seguramente si así lo pedimos por mediación de la Virgen del Rosario.

Pedidle que confunda a los enemigos de su Santa Iglesia, que haga vanos los esfuerzos diabólicos de las sectas tenebrosas empeñadas en arrebatarnos la fe. Pedidle que ilumine las inteligencias de todos para que comprendan cuán detestable es el laicismo, y enderece y una todas las voluntades, a fin de que luchen bizarramente

contra él hasta desarraigarlo de nuestra tierra, sin que quede el menor vestigio.

Rezad el Santo Rosario con esta intención apotófica, particularmente en el mes de octubre. Y puesto que el laicismo no gusta de manifestaciones externas y públicas de religión, para obrar más eficazmente contra él, asistid a las fiestas y procesiones del Rosario y rezadlo en actitud muy devota, llevando el rosario en la mano, pues así mereceréis más de la Virgen, edificaréis a los demás y ayudaréis más a aplastar la cabeza del maldito laicismo.

EJEMPLO. — Cuéntase en la vida de San Francisco de Paula, que, siendo todavía niño, como rezase el Rosario, en un día de mucho frío, arrojado y con la cabeza descubierta, díjole su madre que se pusiese la gorra. Excusóse el niño respetuosamente, pero como ella insistiera: «Madre mía, le respondió con cordura superior a su edad, ¿me mandaría usted estar con la cabeza cubierta si este momento hablara con la Reina de Nápoles? Pues, ¿acaso no es harto mayor la

Reina del Cielo, con la cual estamos hablando ahora?

EXHORTACIÓN. — Amados hijos: Rezad el Santo Rosario con este espíritu de fe, perseverad en ese ejercicio todos los días de vuestra vida. Y conseguiréis muchas gracias para vosotros y para los demás. Y cuando llegue vuestra última hora, el Rosario será vuestro consuelo, como lo fue para el joven novicio jesuita San Estanislao de Kostka, el cual estando para morir, estrechaba amorosamente contra su pecho una imagen de María y tenía en la mano un Rosario. Un padre le preguntó: «¿Para qué quieres tener ese Rosario en la mano si no lo puedes rezar?» «Me sirve de gran consuelo, dijo el santo joven, porque es cosa de mi Madre.»

Ésta es nuestra fervorosa súplica, venerables y amados hijos. Que la Reina del Santísimo Rosario os alcance la gracia de obsequiarla cada día con esa devoción que tanto le agrada, asegurando así la salvación de vuestras almas.

Barcelona, 12 de setiembre de 1935.

LOS PRIMEROS SABADOS

«Mira, hija mía, mi Corazón cercado de las espinas que los hombres ingratos en todo momento clavan en él con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme, y di de mi parte a todos aquellos que en el primer sábado de cinco meses consecutivos se confesaren y recibieren la Sagrada Comunión, rezaren un rosario y me hicieran quince minutos de compañía meditando los misterios del Rosario con el fin de desagaviarme, que Yo prometo asistirlos en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas.»

La Santísima Virgen a Sor Lucía, de Fátima.

LA VIRGEN MARIA CAPITANA DE LOS EJERCITOS DE DIOS

Toda la redondez de la tierra está bajo el patrocinio de María, porque el Hijo que la escogió por madre quiso que Ella fuera protectora de todos aquellos de los que Él era redentor. Y así como Luzbel y sus seguidores, mentirosos desde el principio, han porfiado por hacer estéril la redención del Hijo de Dios, también desde el principio, María Santísima ha protegido a sus hijos en las batallas que éstos han librado por la fe y la extensión del reino de Cristo.

Muchos siglos antes de nacer, María Santísima ya tenía el patrocinio de las batallas de Dios, y lo ejercía en las figuras e imágenes que la precedieron en el Antiguo Testamento. Porque la primera victoria que se nos propone en la Sagrada Escritura es la que debía alcanzar María Santísima de Luzbel, cuando Dios dijo a la serpiente: *«Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu generación y la suya, y ella te quebrantará la cabeza, y tú andarás siempre acechando a su calcañar.»*

En los Cantares se compara a la Virgen María a un ejército ordenado y dispuesto para pelear, porque la Madre de Dios es terrible como un ejército a los demonios, a los herejes y a los impíos. Compárasela también al muro que defiende una ciudad, y a la torre de David de la que penden mil escudos, pues María Santísima es segura defensa de todos los que se acogen a Ella. Y ¿qué figura más ilustre de la Virgen María que el Arca de la Alianza, que llevaban siempre los israelitas en sus ejércitos?, pues por Ella esperaban el triunfo, y por Ella conseguían las victorias.

* * *

En unos tiempos en que, desconociendo las enseñanzas de la Sagrada Escritura y la historia de la Cristiandad, se pretende poner en entredicho la licitud de defender con las armas la fe en Cristo Jesús, y los derechos de Dios, tanto en las

almas como en la sociedad, nuestra revista, fiel a su ideario, quiere alentar a sus lectores con el relato de las batallas que sostuvieron nuestros antepasados en la fe, y resaltar la milagrosa intervención que en muchas de ellas tuvo la bendita Madre de Dios, María Santísima.

¡Qué difícil se hace a los oídos de los hombres de nuestros tiempos prestar crédito a narraciones que nos hablan de la intervención milagrosa de la Virgen María, los santos o los ángeles, en los momentos cruciales de la historia del pueblo de Dios que es la Iglesia! Mas la dificultad no es otra que la de aceptar la existencia de un Dios personal y providente que dirige los caminos de la Historia, mediante la libertad humana, hacia el cumplimiento de sus designios de salvación.

En la narración hemos utilizado principalmente el piadoso «Año de María» escrito por el sacerdote barcelonés José Pallés en 1875, que recoge la historia y tradiciones de las fiestas marianas de todos los días del año.

El patrocinio de María en las batallas de los cristianos en nuestra patria comienza con su singular intervención en la reconquista española, pues no en vano ha sido y es España la tierra de María Santísima, especialmente favorecida por su presencia en carne mortal a Santiago en Zaragoza y en tantas otras apariciones que testimonian nuestras basílicas y ermitas. El citado autor hace referencia especial a su tierra natal barcelonesa cuando nos dice:

«María tomó bajo su protección a nuestra ciudad de Barcelona, bajando a ella por dos veces; la primera para que se fundara la sagrada Orden de la Merced, y la segunda para cantar maitines el día de la Purificación en la misma iglesia de los mercedarios, a los que asistía San Pedro Nolasco.»

Dedicamos un segundo capítulo a la liberación de los Santos Lugares de Jerusalén que motivaron las Cruzadas de la Edad Media, concluyendo con la milagrosa intervención en las batallas de

Lepanto y la defensa de Viena frente a los turcos, dos momentos decisivos para la historia de la civilización cristiana de Occidente.

En cuanto a la historicidad de los hechos que aquí se narran, no haremos sino reiterar las tradiciones que así lo aseguran, transcribiendo las antiguas crónicas que así lo refieren, considerando vano el empeño de los historiadores racionalistas que los niegan sin poder aducir prueba alguna en favor de su opinión, basándose tan sólo en que tales hechos son incompatibles con lo que llaman su «razón».

Sin importarnos que algunos se empeñen en negar lo que vamos a referir, nos complace narrar una serie de portentosas intervenciones de la Madre de Dios, Auxilio de los cristianos, en las batallas que emprendieron sus hijos por la fe.

María, capitana de las tropas de Pelayo



Singular es el patrocinio de María Santísima en las luchas de los cristianos españoles por la reconquista de su patria, que comienza en Covadonga y acaba ocho siglos después en Granada.

Después de que casi toda España, por sus pecados, fuera ocupada por los moros, un grupo de

cristianos, que no habían querido someterse al hasta ahora invencible invasor, se reunía en una cueva del monte Ausena, llamada Covadonga, y alrededor de una antigua imagen de María que allí se veneraba, eligieron a Pelayo como caudillo de los rebeldes al poder musulmán.

El primer acto del recién elegido caudillo fue el de consagrar a la Madre de Dios sus menguadas huestes, encomendándole la protección de sus empresas. Para más obligarla en su favor la nombró capitana de sus ejércitos, y seguro de su auxilio se aprestó a enfrentarse al poderoso enemigo que avanzaba por el valle con más de cien mil soldados aguerridos.

Así comenzó la reconquista, con una milagrosa victoria conseguida por la especial intercesión de María Santísima que buscó en Pelayo al hijo escogido que con su fe, piedad, constancia y valor debía servir de cuna a la monarquía cristiana de España.

El voto a la Inmaculada Concepción hace capitular a Granada



Como en Covadonga, la visible protección de María Santísima en las batallas de la reconquista española, se muestra de forma especial en la última de sus empresas: la toma de Granada por los Reyes Católicos, que acaeció el 2 de enero de 1492 como respuesta a un voto de los piadosos monarcas a la Inmaculada Concepción de María.

Rendida la ciudad de Baza, antemural de Granada, Fernando e Isabel, deseosos de ver libre a toda su patria, celosos de que fuera adorado un solo Dios y honrada la Virgen María por todos los españoles, tomando la imagen de Nuestra Señora de las Victorias de la ciudad de Málaga, se dirigieron resueltos sobre la capital del reino moro.

El ejército español se componía de cuarenta mil soldados y diez mil caballeros, número insignificante para sitiar una ciudad de tan grandes dimensiones y que encerraba en su interior a más de doscientos mil habitantes; mas su verdadera fuerza no residía en su número, sino en el estandarte de la cruz, por el cual combatía, y la imagen de la Madre de Dios, bajo cuyo patrocinio entraba en los combates. No en vano el rey Don Fernando llevaba adornada su armadura con la imagen de la Inmaculada Concepción, la defensa de cuyo sublime misterio con tanto entusiasmo había sido tomada por los reyes de la Corona de Aragón. Haciendo gala de su absoluta confianza en la Madre de Dios, la piadosa Isabel persuadió a su esposo de retirarse durante nueve días al venerado monasterio de Guadalupe, para interesar más vivamente a la Virgen María en su empresa.

Mucho tiempo hacía que la ciudad estaba sitiada sin lograr los cristianos apoderarse de ella, y los ánimos comenzaban a decaer. En esta situación, Doña Isabel propuso a su esposo prometer en voto solemne a la Madre de Dios consagrar a su Inmaculada Concepción la principal mezquita de Granada si, superadas las grandes dificultades, la capital caía en su poder. La propuesta fue muy del agrado del rey y el día 1 de enero de 1492 los reales esposos, delante de sus tropas y ante el Cardenal Arzobispo de Toledo Don Pedro Gonzá-

lez de Mendoza, hicieron público y solemne voto de consagrar a la Madre de Dios la gran mezquita de Granada.

Con gran prontitud oyó María Inmaculada los votos de sus católicos reyes, pues cuando nadie lo esperaba, al día siguiente se presentó una embajada del rey moro al campamento cristiano a entregar a Fernando e Isabel las llaves de la ciudad y pactar las cláusulas de capitulación.

Poco después, el Cardenal de Toledo clavaba el estandarte de la Cruz y de María en la almena más alta del minarete de la mezquita que iba a consagrarse a la Inmaculada Concepción, mientras el Gran Maestre de la Orden de Santiago enarbolaba su estandarte en las demás torres. Los Reyes Católicos no quisieron entrar en la ciudad hasta tanto la mezquita no se hallara purificada y en disposición de consagrarse a la Purísima Concepción de María, lo que sucedió el día de los Santos Reyes, en cuya fecha el ejército y los monarcas penetraron en la ciudad cantando el *Te Deum* y dirigiéndose ante todo a cumplir el voto que hicieron el día primero de año.

Así terminó por intercesión de María la dominación agarena en España.

* * *

María, auxilio de los cruzados

Al grito de «¡Dios lo quiere!», el pueblo cristiano, lleno de fe y sobrenatural entusiasmo, respondiendo a la llamada de los Papas, se alzó en masa, resuelto a libertar la tierra santa y el sepulcro de Jesús, o a morir por Dios en su empeño. En estas expediciones, que se llamaron Cruzadas porque los combatientes llevaban una cruz de tela roja sobre el hombro derecho, los ejércitos invocaban a María Santísima antes de entrar en combate, y como muestra de su especial protección exponemos algunos episodios, relatados por crónicas y tradiciones de la época, que revelan la poderosa intervención de María en auxilio de los combatientes cristianos que luchan por su fe.

Toma y defensa de Antioquía

El 7 de febrero de 1098, Godofredo de Bullón consigue, por intercesión de la Madre de Dios, una gran victoria sobre los sarracenos, que pretendían levantar el cerco que los cruzados tenían puesto a la ciudad de Antioquía. El 2 de junio la plaza fue tomada a los turcos, tras nueve meses

de sitio, pero pocas semanas después la ciudad en manos de los cruzados fue cercada por un nuevo ejército de trescientos mil infieles. La pérdida de la plaza hubiera supuesto la imposibilidad de conquistar Jerusalén y el fracaso de la Cruzada. En esta difícil circunstancia —cuenta el piadoso Colvenerio en su «*Kalendarium Marianum*»—, que la Madre de Dios se apareció llevando en sus brazos a su divino Hijo, a San Bertoldo, que había hecho un voto a Nuestra Señora del Carmen. Mandóle la Virgen Santísima que la ciudad se purificara por la penitencia, y le reveló el lugar donde se hallaba la lanza que hirió el Corazón de Jesús, con cuya lanza, marchando a la batalla, consiguieron que se levantara el sitio de la ciudad y que se retiraran sus enemigos.

El Angelus por Nuestra Señora de Jerusalén

El 15 de julio del año siguiente, 1099, Godofredo de Bullón entraba triunfante en la santa ciudad de Jerusalén, de la que fue elegido rey. La Iglesia, reunida en el Concilio de Clermont, bajo la presidencia de Urbano II, había puesto esta conquista bajo los auspicios y protección de la Madre de Dios, y a este fin, para interesarla más en favor de los cruzados, se dispuso que todos los clérigos rezaran, después del oficio canónico, el oficio parvo de la bienaventurada Virgen María, añadiendo algunos, cuya autoridad es de mucho peso —dice Colvenerio—, que no bien se supo en Roma la toma de Jerusalén, para testificar a la Reina de los ángeles la gratitud de la cristiandad, se instituyó el Angelus, que se rezaba al toque de la campana todas las mañanas al alborar y todas las tardes al oscurecer.

María derriba las murallas de San Juan de Acre

En 1187, el Sultán de Egipto, Saladino, después de haber derrotado al ejército cristiano cerca de Tiberíades, se apoderó de Jerusalén e hizo prisionero al rey Guido de Lusitania. La noticia del desastre produjo gran conmoción en Occidente, y los cristianos se aprestaron a la tercera Cruzada. El 8 de julio de 1191, la Virgen Santísima se aparece en San Juan de Acre a los soldados cristianos que sitiaban la plaza a las órdenes del rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León. Revestida de brillantes resplandores les ordena digan a su rey que deje de combatir y arruinar las murallas de la ciudad, puesto que dentro de cuatro días y en la misma hora en que se obrara la aparición,

vendrían portentosamente al suelo, y San Juan de Acre caería en su poder. Los centinelas que presenciaron esta aparición la notificaron al rey Ricardo y a su ejército, que con tal motivo se llenó de inmenso júbilo. Cuatro días después, y tal como la Madre de Dios lo había prometido, un terrible terremoto derribó en un instante las murallas de la ciudad sitiada, y llenó de tal espanto a los sarracenos, que se entregaron pacíficamente a la discreción del ejército cruzado, que una vez más experimentó los efectos de la protección de la que con toda propiedad es llamada Auxilio de los Cristianos.

Batalla de Joppe

El 7 de septiembre de aquel mismo año, el ejército cristiano obtuvo entre Cesarea y Joppe, por mediación de María Santísima, una nueva victoria sobre Saladino. Numerosísimo —dice Colvenerio— era el ejército de Saladino, y muy aguerrido, y se jactaba de poder destruir en pocas horas todo el poder de los cruzados. Conscientes éstos del riesgo que entrañaba la batalla, invocaron fervorosamente a la Virgen Santísima, recordando que aquel era el día en que la Iglesia celebraba la vigilia de su Natividad, suplicándole no permitiese que tan señalada fecha fuera de triste memoria para los cruzados. De si les oyó o no la Virgen Santísima, lo dice bien claramente el resultado que obtuvieron. Empezada la batalla, con la ayuda y el favor del cielo, obtuvieron tan feliz jornada, que no sólo desbarataron el ejército de Saladino, sino que además perecieron la mayoría de los capitanes de su ejército, sin que de los defensores de la Cruz muriera más que un solo hombre, llamado Santiago de Avesnis, a quien las crónicas de las Cruzadas no vacilan en aplicar el calificativo de digno sucesor de los Macabeos.

* * *

El voto del Rey de Polonia, Juan Casimiro

Admirable espectáculo el de un rey postrado a las plantas de María, y evidentes los efectos de su protección sobre la nación que se le ofrece en la persona de su monarca.

Reinando Juan Casimiro, piadoso rey de Polonia, sus enemigos se arrojaron sobre el país, extenuado por continuas guerras. El rey de Suecia conspiraba con el vasallo polaco, el elector de Brandeburgo; y el zar de Moscovia excitaba la rebelión de los cosacos, encerrando a Polonia en

tre cuatro fuegos. El país fue invadido y el rey tuvo que huir. Todo se creía perdido, cuando la defensa maravillosa de Czestochowa animó el valor abatido del rey. Entró en Leopold, una de sus capitales, y seguido de un numeroso cortejo se dirigió a la catedral. Allí, prosternado durante la santa Misa que celebraba el Nuncio del Papa, y después de haber recibido la Sagrada Comunión, en medio de universal emoción, dirigió Juan Casimiro en voz alta a la Santísima Virgen este voto y esta súplica:

«Augusta Madre de Dios hecho hombre: yo, Juan Casimiro, por la gracia de vuestro Hijo, que es Rey de reyes y Señor mío, y también por la vuestra, rey de Polonia, postrado a vuestros pies os elijo hoy por mi Patrona y Reina de todos mis Estados. Invoco sobre mí, sobre mi reino de Polonia, sobre mis principados de Lituania, Rusia, Prusia, Moravia, Samotigia, Livonia y Czernicovia, como también sobre las armas de mis dos naciones, y sobre todos mis pueblos, vuestra tutela y vuestra protección; y en el peligro que corre mi reino, imploro humildemente vuestro amparo misericordioso contra los enemigos de la Santa Iglesia Romana, que son los que me combaten. Movidlo por vuestros beneficios, me siento obligado a tributaros, junto con mi pueblo, nuevos cultos y homenajes, y os prometo en mi nombre, en el de mis dignatarios y de mis pueblos, serviros con más fervor y trabajar con más celo en propagar por todos mis Estados el culto y la honra de Nuestro Señor Jesucristo y la vuestra. Además, hago voto de que tan pronto como por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo haya obtenido la victoria sobre mis enemigos, y particularmente sobre los suecos, tan glorioso día será siempre solemnizado y santificado. ¡Oh Reina de misericordia! Puesto que me habéis inspirado estos votos, dignaos alcanzarme de vuestro divino Hijo la gracia de poder llegar a darles cumplimiento.»

Ante este voto pronunciado a los pies de María con toda la unción de un rey penitente, en presencia del Senado, del clero, del ejército y del pueblo allí congregado, la alegría y el valor se apoderaron de los corazones de todos los presentes, que confiaron plenamente en que la piedad del rey y su devoción a la Santísima Virgen salvarían la Polonia de la que María había sido nombrada Reina.

Así sucedió. María suscitó héroes en su pueblo, y sin ningún socorro extranjero, los fieles polacos, de victoria en victoria, arrojaron de su

patria a los enemigos. Polonia, convertida en el reino de María, volvió a levantarse a su anterior esplendor, reservándole la Madre de Dios la gloria de salvar a la cristiandad contra el poder musulmán ante los muros de Viena.

* * *

El dulce nombre de María Salvación de la cristiandad

El ejército que Kará Mustafá dirigió contra Viena se componía de más de doscientos mil soldados. Era un momento trascendental en la historia de Europa. La conquista de Viena hubiera deshecho la monarquía austríaca y supuesto la ruina de la cristiandad. Luis XIV, para el provecho de Francia, deseaba la caída de la capital austríaca, pero el temor de la opinión pública de Europa y la de su pueblo, y el de ser excomulgado por Inocencio XI, le disuadió de apoyar abiertamente a los turcos.

El Papa escribió a Luis XIV: «Te conjuro, por la misericordia de Dios, que acudas en auxilio de la oprimida cristiandad, para que no caiga bajo el yugo del horrible tirano.» Luis XIV contestó fríamente con excusas vanas y acusaciones contra la corte de Viena.

El 14 de julio de 1683, Viena quedó cercada y comenzó el terrible sitio en el que los heroicos austríacos dieron muestra de gran valor. A las penalidades del asedio se sumó el azote de la peste, que causó más bajas que las bombas de los asaltantes. Los turcos abrieron brecha en la muralla y ocuparon los baluartes exteriores, luchándose en los fosos y en la empalizada. El 31 de agosto se acercaron los sitiadores hasta la contraescarpa. El día de la Natividad de la Virgen los cristianos redoblaron sus oraciones, haciendo votos de consagrarse a la Madre de Dios si les libraba del ya inminente peligro. La ayuda de María no se hizo esperar. Al amanecer del segundo día de la octava de su Natividad, la montaña de Kalemberg se veía, desde la ciudad sitiada, coronada por las tropas polacas de Juan Sobieski, gran devoto de la Madre de Dios.

A la llamada de Inocencio XI, Juan Sobieski, rey de Polonia, sucesor del piadoso Juan Casimiro, reunió su ejército y marchó al encuentro de los enemigos de la fe y la civilización cristianas.

El espíritu que animaba al piadoso Sobieski y a sus soldados queda patente en el hecho de que antes de partir hacia Viena fue a postrarse ante

la venerada imagen de Nuestra Señora de Czestochowa —que la tradición atribuye al pincel de San Lucas— para pedir su amparo y protección en la decisiva lucha que iba a emprender.

Llegado el 12 de septiembre, en que debía darse la batalla, el rey de Polonia, como monarca verdaderamente cristiano, y como el que defiende la religión del crucificado, dispuso que ante el ejército se celebrara la santa Misa a las doce de la noche. Para dar ejemplo y asegurarse la asistencia del Cielo, quiso ayudarla el mismo rey con los brazos en cruz, salvo en los momentos en que el sacerdote precisaba de su ministerio. Después de haber comulgado y rezado a la Madre de Dios, tras recibir la bendición y con él todo su ejército, el monarca dijo en voz alta: «¡Ahora ya podemos marchar! ¡Estamos bajo la protección de la Santísima Virgen y Ella nos dará la victoria!»

El ejército cristiano bajó enfervorizado de la montaña y se lanzó con singular denuedo sobre los turcos, que, tras largo combate, se retiraron desordenadamente al otro lado del Danubio, abandonando todo su equipo e impedimenta. No hubo victoria que costase menos sangre y fuese más completa.

Al conocer la noticia, volvió inmediatamente a Viena el emperador Leopoldo, que con excesiva prudencia se había alejado del campo de batalla, y al ver a Sobieski le estrechó entre sus brazos llamándole «*salvador de Europa*». Lejos de enorgullirse, el rey polaco atribuyó la victoria a la protección de María Santísima, y al dirigirse a la catedral acompañado del emperador de Austria, se postró ante el altar de María y sin esperar a que otro lo hiciera, entonó de su voz el Te Deum por el triunfo dispensado a la Cristiandad. Mandó que se rindiera a los pies de la Madre de Dios la bandera verde del profeta que se había hallado en la tienda del visir tras su precipitada huida. Esta bandera verde, insignia de los ejércitos turcos, fue enviada luego a Inocencio XI en muestra de agradecimiento por sus continuos afanes por la salvación de Europa.

El Papa, persuadido de que la decisiva victoria se debió a la singular protección de la Santísima Virgen, en acción de gracias, ordenó que la fiesta de su Dulcísimo Nombre, introducida mucho tiempo antes en varias provincias de la Cristiandad, se celebrase de allí en adelante en toda la Iglesia universal, fijándose en la dominica infraoctava de la Natividad de la Santísima Virgen.

J. J. E.-S.

Consagración al Inmaculado Corazón de María

España ha sido siempre por antonomasia la «tierra de María Santísima», y no hay un momento de su historia ni un palmo de su suelo que no estén señalados con su nombre dulcísimo. La histórica catedral, el sencillo templo o la humilde ermita a ella están dedicadas; y si quisiéramos solamente evocar, según se nos vienen a las mientes, algunas de las advocaciones principales que, como piedras preciosas en manto riquísimo, son ornamento del territorio español: Covadonga, Be-goña y Montserrat; la Peña de Francia, la Fuen-ciscla y Monsalud; la Almudena, el Sagrario y los Desamparados; Guadalupe, los Reyes y las Angustias, nos parecería o que estábamos recorriendo la topografía nacional o que íbamos fijando los hitos principales de la historia de España.

Eran pinceles españoles los de Juan de Juanes, Zurbarán, el Greco y Murillo; y por eso rivalizaron en representarla a cual más hermosa. Gubias y cinceles españoles fueron los de Gregorio Hernández, Alonso Cano, Martínez Montañes y Salcillo; y, por serlo, no pudieron menos de estar dedicados de un modo especial al servicio de la Madre amantísima. Y si es un rey Santo el que cabalga para conquistar Sevilla, irá con Nuestra Señora en el arzón; y si son proas castellanas las que, precisamente tal día como hoy, violan el secreto de las tierras americanas, sobre una de ellas fue escrito necesariamente el nombre de «Santa María», ese nombre que luego el misionero y el conquistador irán dejando en la cima inaccesible, en el centro de la llanura sin fin o en el corazón de la selva impenetrable, para que sea también allí fuente de gracia y bendición.

Pero entre tantas advocaciones, venerables y amados hijos, acaso ninguna para vosotros tan entrañable, ni tan enraizada en vuestra carne mis-

ma como esa Virgen Santísima del Pilar, que en estos instantes tenéis ante los ojos.

¡Y tu, Zaragoza, no serás ya insigne por tu privilegiada posición, por tu cielo purísimo o por tu rica vega «loci amoenitate, deliciis praestantior civitatibus Hispaniae cunctis», como la llama el gran Isidoro de Sevilla; no lo serás por tus magníficos edificios, donde galanamente se salta, sin desentonar, de los primores mozárabes a las elegancias platerescas; no lo serán por haber oído el paso cadencioso de las legiones romanas o por el aliento indomable que te sostuvo siempre «heroica» en los heroicos Sitios; lo serás por tu tradición cristiana, por tus obispos Félix, en pluma de San Cipriano, «fidei cultor ac defensor civitatis», San Valero y San Braulio; Santa Engracia y los Mártires innumerables, a los cuales podemos añadir el santo niño, embellecido también con la púrpura de su sangre, Dominguito de Val; lo serás, sobre todo, por esa columna contra la cual, rodando los siglos, como contra roca inconvencible que, en el acantilado, desafía y doma las iras del mar, se romperán las oleadas de las herejías en el período gótico, las nuevas persecuciones de la dominación árabe y la impiedad de los tiempos nuevos, resultando así cimiento inquebrantable, inexpugnable valladar e insuperable ornamento, no sólo de una nación grande, sino también de toda una dilatada y gloriosa estirpe!

«Yo he elegido y santificado esta casa —parece decir Ella desde su pilar— para que en ella sea invocado mi nombre y para morar en ella por siempre.» Y toda la Hispanidad representada en la capilla angélica por sus airoas banderas, parece que le responde: «Y nosotras te prometemos quedar de guardia aquí para velar por tu honra, para serte siempre fieles y para incondicionalmente servirte.»

Pero hoy vosotros, Venerables Hermanos y amados hijos, si habéis venido aquí, si os habéis reunido en todos los centros marianos de la nación, ha sido con una intención precisa: evocando aquella jornada inolvidable en el cerro de los Angeles, de 1919, donde España se consagró al Corazón sacratísimo de Jesús, os habéis hoy querido consagrar al de María, en la confianza de que, en esta hora árdua de la humanidad. Dios querrá salvar al mundo por medio de aquel Corazón Inmaculado. ¡Bien merece, sin duda ninguna, hijos amadísimos, esta manifestación de vuestra piedad el Corazón purísimo de la Virgen, sede de aquel amor, de aquel dolor, de aquella compasión y de todos aquellos altísimos afectos que tanta parte fueron en la redención nuestra, principalmente cuando Ella *stabat iuxta Crucem*, velaba en pie junto a la Cruz, bien lo merece aquel Corazón, símbolo de toda una vida interior, cuya perfección moral, cuyos méritos y virtudes escaparían a toda humana ponderación! Y bien justo es que también lo hagáis vosotros si no fuera por otra razón, por ser la patria de San Antonio María Claret, apóstol infatigable de esta devoción, que Nos mismo hemos elevado al honor máximo de los altares.

Pero Nos creemos que hoy más que nunca, precisamente porque las nubes cargan sobre el horizonte, precisamente porque en algunos momentos se diría que las tinieblas van borrando

aún más los caminos, precisamente porque la audacia de los ministros del averno parece que aumenta más y más; precisamente por eso, creemos que la humanidad entera debe correr a ese puerto de salvación que Nos le hemos indicado como finalidad principal de este Año Mariano, debe refugiarse en esta fortaleza, debe confiar en ese Corazón dulcísimo que, para salvarnos, pide solamente oración y penitencia, pide solamente correspondencia.

Prometédsele vosotros, hijos amadísimos de toda España; prometedle vivir una vida de piedad cada día más intensa, más profunda y más sincera; prometedle velar por la pureza de las costumbres, que fueron siempre honor de vuestra gente; prometedle no abrir jamás vuestras puertas a ideas y a principios que, por triste experiencia, bien sabéis a donde conducen; prometedle no permitir que se resquebraje la solidez de vuestro alcázar familiar, puntal fundamental de toda sociedad; prometedle reprimir el deseo de goces inmoderados, la codicia de los bienes de este mundo, ponzoña capaz de destruir el organismo más robusto y mejor constituido; prometedle amar a vuestros hermanos, pero principalmente al humilde y al menesteroso, tantas veces ofendido por la ostentación del lujo y del placer. Y Ella entonces seguirá siendo vuestra especial protectora.

CONSAGRACION

«Ante vuestro trono, pues, María Santísima del Pilar —diremos parafraseando las palabras por Nos mismo pronunciadas en ocasión solemnísimas—, Nos como Padre común de la familia cristiana, como Vicario de Aquel a quien fue dado todo poder en el cielo y en la tierra, a Vos, a vuestro Corazón Inmaculado confiamos, entregamos y consagramos no sólo toda esa inmensa multitud ahí presente, sino también a toda la

nación española, para que vuestro amor y patrocinio acelere la hora del triunfo en todo el mundo del Reino de Dios y todas las generaciones humanas, pacificadas entre sí y con Dios, os proclamen bienaventurada, entonando con Vos, de un polo al otro de la tierra, el eterno *Magnificat* de gloria, amor y gratitud al Corazón de Jesús, único refugio donde pueden hallarse la verdad, la vida y la paz.»

LA DENUNCIA DE LOS ERRORES DOCTRINALES Y DE LAS SUBVERSIONES MORALES



ROBERTO CAYUELA, S. J.

Cuando los males son grandes y muy extendidos, como lo son los de nuestra época; y tienen suma gravedad, porque afectan al orden religioso y moral, ya que son errores en la fe y subversiones en las costumbres, y consiguientemente ponen a muchos cristianos en peligro de perder para siempre su último fin sobrenatural, no podemos de ninguna manera cruzarnos de brazos ni contentarnos con lamentaciones estériles. Y ya que por ser tan graves y profundos no está en nuestra mano poner remedio a estos males de hoy, hemos de acudir, por de pronto, y antes que nada, a la oración, que es el gran medio que nos dejó Cristo Nuestro Señor para librarnos de todo mal y conseguir todo bien, con tal que sea oración, humilde, confiada y perseverante.

Así lo hacían, en especial, los Profetas, como por ejemplo Daniel, en su confiada y tan sentida oración: «Ya que no sabemos lo que hayamos de hacer, no nos queda otro recurso sino el de dirigir nuestros ojos hacia Ti, Señor.»

Por esto, en nuestros tiempos, recomiendan los Papas con tanto encarecimiento el «Apostolado de la Oración», con aquella suprema confianza que expresó León XIII el comenzar el siglo xx: «En el Corazón de Cristo se han de poner todas las esperanzas; a Él se ha de pedir y de Él se ha de esperar la salvación.» Y, por lo tanto, el remedio de los males actuales.

Pero, además del gran medio de la oración, tenemos en nuestra mano, con el favor divino, otro eficaz recurso para hacer de nuestra parte cuanto nos sea posible en orden a remediar los males que vemos, sentimos y padecemos. Y este recurso es la denuncia clara, valiente e insistente de los errores doctrinales y de las subversiones morales. Ni tan sólo la denuncia de todo ello, sino jun-

tamente descubrir los sofismas y argucias, los engaños y semiverdades que casi siempre se encubren bajo palabras atrayentes y seductoras. Y, además de esto, refutar los errores y perversiones para que la falsedad y el engaño queden deshechos con la abundancia de la verdad, como las tinieblas se disipan y huyen con la abundancia de la luz.

Gran recurso, ciertamente, es éste de denunciar, descubrir y dar a conocer los males, pues, como dijo San Agustín, «el reconocimiento de las obras malas es el principio de las obras buenas».

Esto es lo que mandaba el mismo Dios a los Profetas de la Antigua Alianza, como cuando ordenó al Profeta Isaías: «Levanta tu voz; no ceses y denuncia al Pueblo sus prevaricaciones, sus delitos, sus pecados.» Y lo mismo Isaías que los demás Profetas, denunciaban los errores y maldades del Pueblo con palabras inspiradas por Dios y con inquebrantable firmeza.

Y en el Nuevo Testamento, ¡con qué denodada valentía denunció San Juan Bautista los males intelectuales y morales de las gentes de su tiempo!

Pero, sobre todo, el Divino Maestro, como lo vemos en todo el Evangelio, no dejó de denunciar los errores, las equivocaciones, los engaños y los vicios del Pueblo de Israel, en especial los de los dirigentes de él, los saduceos y fariseos; aun a sabiendas de que esta firme y constante denuncia había de exasperar a los guías ciegos del Pueblo, ser Él víctima del encono y venganza de ellos y llevarle hasta el suplicio de la Cruz.

Este mismo camino de denuncia de errores y vicios, con la exposición del remedio de ellos, siguieron los Santos Padres con unánime libertad de espíritu, firmeza de carácter e invicta constancia. Baste citar un ejemplo, que en su brevedad

es de gran valor y muy autorizado, por ser del Gran San Atanasio. Dice así: «Es muy razonable el tratar de investigar la antigua Tradición, la doctrina y la fe de la Iglesia Católica; la misma que el Señor comunicó a los Apóstoles; la que ellos predicaron; la que conservaron los Padres. La Iglesia en ella se funda; y si alguien de ella se aleja, mal podría seguir llamándose cristiano» (Carta 1.^a a Serapión).

En nuestros tiempos vemos que Su Santidad el Papa Pablo VI, con infatigable celo, día tras día, va denunciando, uno por uno o en su conjunto tenebroso, los diversos errores y perversio-

nes que van surgiendo, y se propagan con increíble daño de las almas y de toda la Iglesia. Y con la denuncia, la refutación del error doctrinal, el remedio del mal moral.

De estas actuales denuncias vamos a ofrecer a nuestros lectores un ejemplo de singular relieve y eximia prestancia. Es el Editorial de la Revista Romana «La Civiltà Cattolica», en su número de 15 de marzo de 1974. Es bastante extenso; pero pensamos que merece ser presentado íntegramente, porque siendo de gran valor, puede ser muy provechoso. Helo aquí.

La tentación del nuevo Cristianismo

1.º Planteamiento. — Para quien lo mira desde fuera, la Iglesia Católica hoy parece dividida. Los hechos que ponen de relieve esta división son muchos y por todos conocidos; porque la prensa, la radio y la televisión los publican, dándoles notable relieve. De esta manera ha nacido en el interior de la Iglesia una «oposición católica», en la que convergen numerosos grupos de «católicos del disentimiento», o, como les gusta llamarse hoy, de «cristianos críticos».

¿Qué es lo que verdaderamente hay bajo este fenómeno? En otras palabras: ¿qué es lo que divide hoy a los católicos, más allá de las polémicas sobre el Concordato, sobre la «elección socialista», sobre «las riquezas del Vaticano» y sobre las connivencias de la Iglesia con el poder político y económico?

Nos parece que la división no es principalmente de orden práctico; esto es, no contempla, en primer lugar, qué es la Iglesia y qué deben hacer hoy los cristianos para ser fieles al Evangelio. Ciertamente éste es el punto sobre el cual los «cristianos críticos» martillean con más fuerza su acusación más grave y más feroz contra la Iglesia «institucional», que es la de ser infiel al Evangelio; porque no cumple opciones que el Evangelio exige de ella, sino que por el contrario se «prostituye» a los fuertes, a los poderosos, a los ricos, apoyando y bendiciendo el sistema capitalista, que explota y oprime a los pobres. Todavía, según nuestro parecer, no es éste el punto más importante y radical de la división que existe en el mundo católico, aunque precisamente en torno a éste se agrupa con facilidad el disentimiento con la Iglesia «institucional».

Nosotros sostenemos que la verdadera división entre los católicos de hoy es de naturaleza teórica, teológica o más bien *dogmática*. En realidad, parece que ha nacido en estos años un «cristianismo nuevo» y distinto, que se diferencia del cristianismo —llamémosle así— «tradicional», no sólo por una manera nueva de abordar algunos problemas, o por la apertura de nuevas perspectivas teológicas, sino porque intenta ser una «reinterpretación» de la fe cristiana, a la vez humanista y secularizada, en el esfuerzo de hacerla significativa e interesante para el hombre moderno, a quien el cristianismo «tradicional» ya no diría nada.

Este nuevo cristianismo nace de exigencias justas en sí y quiere responder a una problemática real, hoy ampliamente sentida; pero en vez de lograr una síntesis entre lo «tradicional» y lo «nuevo», deja una parte de lado o niega los elementos esenciales y característicos de la fe cristiana. En otras palabras, crea una «reducción grave» de la fe cristiana; o, por lo menos, acentúa algunos aspectos, hasta prácticamente negar otros que son igualmente y aún más esenciales.

A fin de que el lector se dé cuenta de la justicia de estas observaciones, veamos cuáles son las características más significativas y calificativas del «nuevo cristianismo».

2.º Características del nuevo cristianismo. — La primera es ciertamente el *antropocentrismo*. Con éste los «nuevos cristianos» sitúan en el centro no a Dios, sino al hombre; y en el hombre concentran toda su atención y todo su interés. Dios no es negado, pero se le ve en el hombre, y sólo en función del hombre. No es amado y ser-

vido en Sí mismo y por Sí mismo, sino que el amor y servicio a Dios se reduce al amor y servicio del hombre. El primer mandamiento: «Ama a Dios con todo tu corazón y con todas tus fuerzas», se ha reducido al segundo mandamiento: «Ama a tu prójimo»; y así se convierte, no en el segundo, sino en el único mandamiento. La primacía de Dios es sustituida por la primacía del hombre. Dios existe, pero en el hombre (lo cual, para algunos, significa: Dios es el hombre). De ahí que el amor al prójimo no es solamente —como enseña San Juan— la señal auténtica del amor a Dios, sino el «todo» del Cristianismo. El verdadero cristiano, por lo tanto, no es aquel que ama a Dios con todo su corazón y por amor a Dios ama a sus hermanos y se sacrifica por ellos, sino aquel que se compromete en la historia por amor a los hombres; los cuales son para él el verdadero y único rostro de Dios. Por lo cual, la mejor y más verdadera plegaria será, no retirarse para estar más cerca de Dios en la soledad, sino comprometerse en la historia al servicio del prójimo. Por el contrario, la oración tradicional es considerada como una «evasión» del compromiso mundano, y como un «peligro» de repliegue estéril sobre sí mismo y sobre los propios pequeños problemas «espirituales».

Otra característica fundamental del «nuevo cristianismo» es la *intramundinidad*. En efecto, mientras el cristianismo «tradicional» pone el acento sobre el mundo futuro y sobre la vida eterna con Dios, y espera la plena realización del Reino de Dios al fin de los tiempos, los «nuevos cristianos» ponen el acento sobre este mundo, sobre el tiempo presente; y afirman que el Reino de Dios debe realizarse plenamente aquí abajo, en nuestra historia. La salvación que Cristo ha traído a los hombres con su muerte y su resurrección, no se realiza en un más o menos mítico más allá, sino en esta tierra; y la salvación se identifica con la «liberación» de los hombres de los males que les oprimen, y les enajenan impidiéndoles a que lleguen a ser hombres plenamente libres. Estos males son: la ignorancia, el hambre, el subdesarrollo, la opresión política y la explotación económica. Por todo lo cual, el mal del que es necesario liberar al hombre no es precisamente el pecado personal, sino el «pecado social», o sea aquel conjunto de estructuras sociales, políticas y económicas injustas, que permiten a algunos hombres esclavizar y explotar a otros. En el social momento histórico, este pecado social se identi-

fica con el sistema capitalista, que, estando destinado al lucro, es, por naturaleza, alienante y explotador. Por consiguiente, hay que luchar contra el capitalismo y trabajar por la verdadera liberación del hombre y por la venida del Reino de Dios sobre la tierra. Puesto que los cristianos y la Iglesia deben trabajar por el advenimiento del Reino de Dios, tienen el deber de luchar contra el capitalismo económico y el imperialismo político. Pero una lucha eficaz contra el capitalismo la hace sólo el socialismo. Por tanto, los católicos que quieren comprometerse en la liberación de los pobres y de los oprimidos, deben tomar una «opción socialista», y consiguientemente batalla por el triunfo del socialismo en el mundo. Por eso el que se compromete en «liberar» a los pobres del capitalismo, y tomar una opción socialista es coherente con el Evangelio, que es el anuncio de la liberación hecho a los *pobres*, y puede llamarse verdaderamente cristiano.

La tercera característica del nuevo cristianismo es el «*Evangelismo*». Es decir, los «nuevos cristianos» intentan, en su pensamiento y en su acción, inspirarse sólo en el Evangelio, excluyendo cualquier referencia a la Tradición de la Iglesia y, sobre todo, al Magisterio eclesiástico. En la base de esta exclusión de la Iglesia en la «lectura» que los nuevos cristianos hacen del Evangelio, no está tanto el principio del «libre examen» protestante, sino más bien el principio de claro origen marxista. La estructura económica determina la superestructura «religiosa» y cultural, en virtud de la cual la «lectura» del Evangelio, hecha según la Iglesia, no sólo en el pasado sino también hoy, es sustancialmente mística; es decir, una lectura en clave «burguesa» y «capitalista». En efecto, según los nuevos cristianos, la Iglesia no sólo vive inmersa en el sistema capitalista, sino que está íntimamente ligada con él; por lo cual su «lectura», su interpretación del Evangelio, está influenciada por la ideología capitalista. En vez de esto, el Evangelio se ha de leer poniéndose de parte de los pobres, desde el punto de vista de los oprimidos y de la clase proletaria. El Evangelio pertenece a los «pobres» y sólo a ellos ha sido anunciado por Cristo; solamente así pueden comprenderlo en su verdadero significado aquellos que se ponen de su parte y combaten sus batallas.

Un cuarto elemento caracteriza al «nuevo cristianismo»: una *nueva Eclesiología*. Los puntos esenciales son los siguientes: a) No hay distinción, y menos aún separación, entre «iglesia» y «mun-

do»; la Iglesia no sólo está en el mundo, sino que es el mundo. b) La Iglesia no existe por sí misma, sino por el mundo y a su servicio; ella, por eso, no debe buscar su seguridad y su prestigio pactando con las potencias de este mundo (mediante los Concordatos); creando obras propiamente «católicas», sino que debe disolverse en el servicio del mundo, poniéndose a su disposición; debe, por tanto, renunciar a tener «instituciones» propias, confesionales, que se transforman siempre en estructuras de riqueza, de poder y de explotación de los pobres; debe presentarse a los hombres «pobres», fuerte sólo con la fuerza profética y liberadora de la Palabra de Dios. Sólo entonces los «pobres», y en particular la clase trabajadora, podrán encontrarse a su gusto en la Iglesia. c) La Iglesia es esencialmente una comunión fraterna de hombres iguales, reunidos por la Palabra de Dios; la cual debe constituir la norma suprema de juicio y de acción para todos los miembros de la comunidad; la cual, además, designa y elige algunos miembros como «ministros»; pero el sacerdocio queda como prerrogativa de toda la comunidad, la cual, por tanto, puede celebrar la Eucaristía, incluso sin el «ministro». d) La Iglesia universal y la comunión fraterna de las iglesias locales constituyen unas pequeñas y oscuras «comunidades de base» agrupadas en torno a la Palabra de Dios y fieles al Evangelio y a los «pobres». e) La Iglesia Católica, como existe hoy, con su división entre los dominadores (la Jerarquía) y los dominados (el Pueblo de Dios), con sus estructuras de dominio y de poder, con su connivencia con el poder político, mediante los Concordatos; con su connivencia con el capitalismo explotador, al que provee de amparo religioso y de quien recibe sustanciosos beneficios; es radicalmente infiel al Evangelio y enemiga de los «pobres», en cuya opresión y explotación participa. Por lo tanto, los cristianos en particular y las

comunidades, si quieren permanecer fieles al Evangelio y a los pobres, están obligados a distanciarse de la Iglesia institucional o a quedarse en ella como fermento crítico, para tratar de convertirla al Evangelio y a los pobres.

La última característica del «nuevo cristiano» es la fe en Cristo, el apasionamiento por Cristo; pero no por el Cristo, hijo de Dios, hecho Hombre según la Teología cristiana), sino por el Cristo hombre, por Cristo «hombre para los demás», por Cristo amigo y defensor de los pobres, por Cristo liberador; más aún, «subversivo».

«Crear en Cristo —ha escrito recientemente un religioso sacerdote, al presentar su dimisión de las estructuras eclesíásticas (es decir, al abandonar la religión), factor de enajenación y de conservadurismo, y la Iglesia, que tiene el compromiso de aprisionar y neutralizar a Cristo», quiere decir (según pienso) dar un cierto sentido al mundo, a las cosas, a la vida, a la historia; creer en Cristo quiere decir creer en un determinado tipo de victoria del hombre sobre la muerte; quiere decir entrar en la muerte, seguros de la resurrección; de una vida, por consiguiente, que no cesa de ser un don; quiere decir testimoniar juntos el perenne descontento del hombre (y por lo tanto de Cristo) por lo presente, y la necesidad de volverlo todo al revés, Cristo, en nombre del hombre, es constantemente un subversivo. Y como tal, es el único verdadero rostro de Dios. No es cosa irrelevante que, para el cristiano, Dios sea el hombre (...); Cristo es el hombre y el hombre es Cristo: equivalencias constante y tenazmente repetidas, a través de los siglos y en nuestros días por las estructuras eclesiales. He ahí por qué mi paso más comprometido es, hoy, el tratar de vivir mi fe en Cristo, en medio de los hombres, junto a mis otros hermanos; pero en el rechazo y en la negación categórica de toda religión y de toda iglesia» (Rev. COM, 10 febrero 1974).

Puntualizaciones al «nuevo cristianismo»

Si ahora examinamos cada uno de estos elementos que caracterizan «el nuevo cristianismo», veremos en seguida cómo, para afirmar exigencias justas, quizás un tanto descuidadas en el pasado, se ponen en la sombra o se niegan verdades esenciales de la fe cristiana.

a) De este modo, en lo que se refiere al *antropocentrismo*, la justa exigencia de poner el acento sobre la caridad y sobre el servicio del hombre, va

dirigida desde el fondo a eliminar prácticamente a Dios o a reducirle al hombre. De tal manera, el cristianismo se convierte en una «religión del hombre», que a pesar de conservar el nombre de Dios, es sustancialmente atea; se convierte en o transforma en una «religión del segundo mandamiento». Pues bien, esta reducción está en contraste radical con el Evangelio, que enseña la primacía de Dios y del amor de Dios; y ve en Dios la fuente

y la causa del amor al hombre y del servicio del hombre. El hombre es digno de amor porque Dios le ama y le ha hecho hijo Suyo. El pobre debe ser honrado y servido de una manera particular, porque Dios le ama particularmente; y en la persona de Jesús se ha puesto a su servicio; más aún, ha tomado su rostro. Sin el amor de Dios, el amor «cristiano» al hombre no tendría sentido.

b) Lo mismo se debe decir de la segunda característica del «nuevo cristianismo», la *intramundanía*. Contra una cierta visión del cristianismo, algo demasiado espiritualista, algo demasiado individualista y centrada en la salvación eterna; es justo afirmar el relativo valor del mundo y de la historia; es justo decir que el Reino de Dios debe comenzar ya a realizarse en esta tierra, como siempre lo ha enseñado la Iglesia; pero esto no debe dirigir el optimismo y la exclusiva hacia el mundo y la historia, hasta casi divinizarla; y, sobre todo, no debe hacer olvidar que la plena realización del Reino de Dios es escatológica; el verdadero destino del hombre no se cumple en este mundo, que pasa como una representación escénica; sino en la vida eterna, donde solamente triunfarán la justicia y el amor, porque Dios será «todo en todos». Es justo afirmar que la salvación supone la liberación de los males de este mundo, porque Cristo vino a salvar a todos los hombres y a toda la historia; alma y cuerpo, valores espirituales y valores materiales; pero no se puede reducir sólo la salvación a la única liberación de los males de este mundo, olvidando que para Jesús el mal radical es la separación de Dios, el pecado; y que los males de este mundo son el efecto y la consecuencia de aquel supremo mal; que por esto Cristo salva primeramente del pecado original y del pecado personal; y, como consecuencia, salva de los efectos y de las manifestaciones del pecado. Es justo poner el acento sobre el «pecado social»; pero no se puede reducir el pecado a sólo «el pecado social», como si fuese el único; olvidando que el «pecado social» y sus consecuencias —las injusticias sociales y las estructuras opresivas— son fruto de la malignidad del hombre, son como el coágulo de los pecados personales; y que, por eso, no se pueden cambiar las estructuras sociales injustas, si no se cambia el corazón del hombre. No se puede, por consiguiente, sustituir la primacía del Reino de Dios escatológico, y de la vida eterna, por la primacía del mundo y de la historia; la primacía de lo espiritual por la primacía de lo material; la sal-

vación no puede quedar reducida a la liberación del hombre, del subdesarrollo y de la opresión política y económica; y el pecado no puede reducirse a los males sociales; en resumen, al capitalismo. Pues, en tal caso, se tendría un cristianismo «decapitado», reducido a un manifiesto de acción política revolucionaria, que no se distinguiría del marxismo más que por decir que se inspira en Cristo y en el Evangelio; el mensaje de Cristo se convertiría, sobre todo, en un mensaje de liberación humana y terrestre, en una ideología política, sólo nominalmente «religiosa» y «cristiana».

c) En cuanto al tercer elemento característico del «nuevo cristianismo» —el *evangelismo*—, reiteramos que es muy grave pretender leer el Evangelio fuera de la Iglesia. Aparte del hecho de que todos los que se han separado de la comunión eclesiástica han tenido esta pretensión, no se debe olvidar que el Evangelio es el Libro de la Iglesia. De hecho, ha nacido en la Iglesia y es de la Iglesia; fue dado y encomendado por Cristo a la Iglesia, y por Ella reconocido como auténtico y digno de fe. Así es que sólo la Iglesia posee el secreto de la lectura auténtica del Evangelio; porque sólo Ella posee el Espíritu que es origen del Evangelio. El Evangelio no pertenece a los pobres, sino a la Iglesia; o, mejor dicho, pertenece a los pobres en cuanto que éstos forman parte de la comunidad de la Iglesia, la de Jesús. Que después la Iglesia haga una lectura «ideológica» del Evangelio, en clase capitalista, es una afirmación de la ideología marxista, que no hemos de tener en cuenta, ya que, a su vez, es fruto de una lectura de la naturaleza y de la vida de la Iglesia. Además, leer el Evangelio desde el punto de vista de los oprimidos o de «la izquierda», ¿no es acaso someter a Cristo al juicio de Marx, el Evangelio al juicio del «Capital»? ¿No es sustituir la primacía de la fe por la de la política?

d) En cuanto a la *ecclesiología* propugnada por el «nuevo cristianismo», debemos señalar tres cosas. Ante todo, reducir la Iglesia al mundo, significa destruirla; la Iglesia está en el mundo, pero no es del mundo. Afirmer, pues, que la Iglesia es para el mundo, no debe significar que la Iglesia tenga que diluirse, desaparecer en el mundo. Una cosa es decir que la Iglesia no debe buscar las riquezas y el poder mundano, y otra afirmar que no debe tener instituciones propias; porque para la búsqueda de una pobreza, no aparente, sino auténtica, la Iglesia debe encarnarse en la historia; y, por lo mismo, tener una forma institucio-

nal propia, visible; tener obras propias de apóstolado y de caridad. En fin, se trata de oponer la Iglesia de hoy al Evangelio, de una manera tan radical, que declare que la Iglesia oficial, en su constitución jerárquica y sacerdotal y en su vida, es infiel al Evangelio y a los pobres. Lo cual significa afirmar que la Iglesia de hoy no tiene a Cristo ni al Espíritu Santo. Y si fuese así, nos preguntamos ahora qué sentido tiene el querer seguir en la Iglesia. ¿Quedarse en ella para salvarla? Sería una burda pretensión. Si Cristo no se decide a salvarla, ¿quién puede pretender hacerlo? No quedaría más que abandonarla a su destino...; y tomar un camino distinto: con Cristo y con el hombre; pero sin la Iglesia; fuera de toda estructura eclesial. Sólo que en este caso nos podemos y debemos preguntar: Saliéndose de la Iglesia por libre elección, ¿se puede todavía estar con Cristo, o se corre el peligro, el terrible riesgo de encontrarse sólo con el hombre, sin Cristo y sin Dios?

4.º Conclusión. — Si esto es el «nuevo cristianismo», debemos preguntarnos, al llegar a este punto, si nos encontramos ante una *forma nueva de modernismo*, que, al esforzarse en hacer al cristianismo más significativo e interesante para el hombre de hoy, no le priva de su sustancia más auténtica. Ciertamente es que el nuevo cristianismo no niega las grandes realidades cristianas: Dios, Cristo, la Iglesia, el Reino de Dios, la vida eterna, el pecado, la salvación; pero estas realidades son «reinterpretadas» y «reducidas», de forma que del significado que tienen de cristianismo auténtico queda poco o nada.

Debemos, pues, sacar en consecuencia que el «nuevo cristianismo», en la forma anteriormente descrita, es *inconciliable* y está en radical contraste con el «Cristianismo tradicional». Este juicio parecerá a algunos demasiado severo. Ellos *objectarán*, ante todo, que los «nuevos cristianos», a pesar de todas sus exageraciones y audacias, no intentan llegar hasta el punto de negar las verdades fundamentales de la fe. Se *objeta* también que no tenemos en cuenta el legítimo pluralismo teológico, al enjuiciar las nuevas teorías nacidas en estos años dentro del campo teológico.

a) A la primera *objeción* contestamos, observando, ante todo, que en el examen del complejo de ideas que hemos llamado «el nuevo cristianismo», no hemos tenido presentes las intenciones de aquellos que tales ideas profesan, sino las ideas en sí mismas, en su lógica interna; por lo que puede darse muy bien que los «nuevos cristianos»

no intenten negar las verdades fundamentales de la fe y quieran quedarse en la Iglesia; pero esto no es el meollo del problema; en cambio, sí lo es ver lo que significan ciertas afirmaciones, objetivamente; y a dónde conducen ciertas ideas con su propia fuerza lógica. Observamos, en segundo lugar, que es siempre más frecuente el caso de los que, habiendo comenzado por sostener las ideas del «nuevo cristianismo», acaban por abandonarlo todo: la Iglesia, la fe tradicional, la Religión; para conservar solamente la *fe en Cristo*, identificado con *la fe en el hombre*.

b) A la segunda *objeción*, contestamos observando que, en lo que se relaciona con el «nuevo cristianismo», no se puede, según parece, hablar de pluralismo teológico, sino que debe hablarse de pluralismo dogmático; no se trata de diversas teologías, sino de diversa fe. Más todavía: estamos en presencia de una «verdadera alteración del contenido de la fe católica». Esta expresión no es nuestra, sino del núcleo de la respuesta dada por el Consejo permanente del Episcopado francés el 14 de noviembre de 1973, al documento sobre el trabajo de la asamblea internacional de los «cristianos críticos», que tuvo lugar en Lyon los días 17 y 18 de aquel mes y año.

Parece, por todo esto, que *es necesario poner en guardia* a cuantos —llevados, ¡ojalá!, de amor sincero al hombre y al Evangelio— estén tentados de adherirse al «nuevo cristianismo». El riesgo que corren es situarse fuera de la Iglesia y de la fe cristiana auténtica; de aquella que los Apóstoles recibieron de Cristo y transmitieron a la Iglesia. Por añadidura, la tentación del «nuevo cristianismo» se les presenta bajo las apariencias de fidelidad a Cristo, al Evangelio, a los «pobres»; fidelidad a la que un cristiano no puede renunciar sin perder su propia alma. Por eso, es una tentación a la cual resulta particularmente difícil resistir. Tanto más, cuanto que es menester caer en la cuenta de que se trata de una «tentación», de una trampa mortal, de la que es preciso y necesario saber huir con lucidez, sustrayéndose a la presión de los «slogans» y de las modas teológicas y políticas, que no son «verdades» sólo por el hecho de ser «progresistas». (Traducción de la Agencia CIO.)

Terminemos. Pocas veces se habrá visto una denuncia de los errores modernos, que siendo tan completa, clara y objetiva en presentarlos, añada una tan sólida refutación de ellos, y también muestre el terrible paradero de los absurdos, a donde lógicamente conducen.

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

LIII

EL MUNDO ESENCIALMENTE ANTITEOCRATICO MODERNO ENFRENTADO ANTE LA IDEA-FUERZA DE CRISTO REY

En la política: los años entre-dos-guerras

Detenidos ya definitivamente, según hemos expresado en nuestro anterior artículo LII, en 1923, vamos a sacar conclusiones, y observar «sub speciae aeternitatis» el mundo nuevo desdichadamente configurado, ya en la vertiente, aguas abajo, del fatal 1917. Primero en la Política (muy rápidamente, en este artículo); luego lo intentaremos en el arte, en el mundo intelectual, en el de la ciencia, en el de las costumbres, en el de la moral, en todos los demás aspectos de la triste Sociedad resultante.

Los polvos habían de llevar sus lodos, y todo el período, justamente llamado «Entre-dos-guerras» desde 1923 hasta 1939, ya no es más —como hemos visto en nuestros anteriores artículos— que la plasmación de lo que se había incubado y desarrollado.

Por la buena forma, describiremos rápidamente sus etapas. Pero, entiéndase bien, muy en líneas generales, pues, toda otra forma sería ir por las ramas. Todo, en este período «Entre-dos-guerras» al parecer tan complejo, tan variado, no es más que esto: el trabajo de «escultor» que va efectuando el Maligno, dentro de su inexorable y demoníaca lógica. Todo. Y obsérvese bien la unidad que, en el fondo, reviste la historia de estos años que, en definitiva, no son otra cosa que: 1.º El surgimiento, tan inesperado como lógico y natural, del fenómeno del fascismo y del nazismo; 2.º El asentamiento, inexorable, del Comunismo, ya asentado en el país más extenso (1/5 parte de las tierras habitadas); 3.º El declive, precisamente al llegar al aparente cénit de su extensión, de los dos países más prestigiosos del mundo: Francia e Inglaterra, con sus dos inmensos imperios coloniales; 4.º El lento despertar (llamado a posteriores empresas) del Islam; 5.º La hegemonía mundial (sucesora de la británica) de los Estados Unidos, llamados a marcar la marcha de la humanidad en el siglo xx, y a abrirle los caminos del espacio; 6.º El Japón, iniciando el tremendo fenómeno, portador de la ban-

dera de las miríadas que componen, en Asia, los pueblos amarillos.

Años de relativa paz: 1924-1929

Realmente. Es uno de aquellos períodos que nos recuerdan aquellas pausas «como de media hora» a que hacen alusión frases apocalípticas de la Sagrada Escritura. Aparentemente, el Mundo parece reclamar un poco de descanso: desgraciadamente, no otra cosa sino la de tomar alientos para enfrentarse con próximas y sucesivas catástrofes aun mayores.

En 1924, se nos ofrece una tentativa de paz y arreglo entre naciones, vencidas y deudoras, y acreedoras (a lo que en artículos anteriores nos hemos ya referido): el I Plan Dawes para atenuar lo absurdo de las exigencias de las Reparaciones. Este Plan tiene, como segunda parte, en 1929, el Young.

En 1925, otro intento más de paz. Otra esperanza que, en un mundo anticristiano, entonces —¡como ahora!— no podía sino resultar fallida: la Conferencia de Locarno, basada en la relativa buena voluntad de Briand y de Stresseman, hombre fuerte de la paz, bien mal comprendido. En Alemania se eleva a la presidencia al venerable Mariscal Hindenburg, el cual, precisamente por esto, por ser auténtico soldado, era uno de los pocos que honradamente deseaban la paz.

En 1924, en Francia, el primer ensayo de Cartel de izquierdas. Dimisión de Millerand, y resurgimiento, con Herriot, del viejo anticlericalismo francés, clásicamente ridículo. Francia otra vez en declive, hasta que el viejo chovinista Poincaré, esta vez afortunadamente, es llamado al gobierno, y salva el franco en 1928.

Entre tanto, Alemania se va rehaciendo. Exitos políticos y administrativos del Fascismo.

Entre tanto, también Turquía ha recuperado su unidad (Kemal Ataturk) expulsando a los griegos de la Jonia asiática; fracasa la obra de Venizelos, el

que fue a la vez títere, y también eminencia gris, de Lloyd George y de Clemenceau.

En 1928: el Pacto Briand-Kellog buscando colaboración entre Europa y los EE.UU.

Y, en medio de todo esto, se incuba otro fenómeno grandioso: el Japón que alcanza su mayor grado de desarrollo y comienza a invadir China. Es el «pe-ligro amarillo».

Plan Quinquenal en Rusia.

Mas ya se acababa la falsa paz.

Los años de la gran crisis económica (1929-1933)

En su egoísmo, Francia e Inglaterra han cerrado sus inmensos Imperios —en beneficio propio— al resto del mundo. En éste, sus excesivas industrias (el mundo ya está super-industrializado doquier con los métodos «standard») buscan, en vano, nuevos mercados. La señal mundial de la gran Crisis: el «viernes negro» (24-X-29) en que se hunde la Bolsa de Wall Street (New York).

En una Alemania desesperada, las gentes se agarran a la solución nacistá. Su primer éxito parcial: 14 de septiembre de 1930. En tanto, el Presidente Hoover, con su moratoria, no detiene la catástrofe.

A pesar de los heroicos esfuerzos (no correspondidos por nadie) de Brüning, los millones de parados de Alemania dan pie al progresivo avance hitleriano. Se organizan ya las S. A. y las S. S. Muere en Francia Briand, quizá el último político de cierta buena voluntad.

Momentáneamente, Hindenburg, confiando en Von Papen, procura detener a Hitler, mas luego aquél, y Schleicher, son arrollados por éste, al que al fin el viejo Mariscal debe conceder la Cancillería.

En Inglaterra, momentáneamente (dimisión en agosto 1931 de Mac Donald), vuelve a remontar el partido Tory. Será, a la larga, su última reacción.

En julio de 1931, Japón invade la Manchuria: constitución del Manchukuo. Se retira, y desprecia a la Sociedad de las Naciones, y comienza su arrolladora marcha sobre el anárquico viejo Imperio chino sin que el Kuomintang y Chang-Kai-Shek logren detenerle.

Son también las épocas de la «desobediencia civil» de Ghandi, en la India. Comienza a resquebrajarse el Imperio británico, el mayor, en la Historia de todos los tiempos, en extensión mundial.

En América comienza la reacción económica. En noviembre es elegido F. D. Roosevelt estableciendo su «New-Deal».

La ante-pre-guerra 1933-1936

En Alemania ya domina Hitler, aun oficialmente tan sólo Canciller. En febrero de 1933, el Incendio del Reichstag marca el fin de la democracia alemana. Se crea la Gestapo. Noche de 30-junio-34: la «Saint Bar-

thelemy» nazi (la «noche de los cuchillos largos»); Hitler se desembaraza de Rohm y de la oposición dentro de su propio partido.

Por aquellos mismos días: el «putsch nazi» en Austria, primer intento fallido de instauración del Anschluss. Asesinato de Dollfuss. Por última vez, la Italia de Mussolini se enfrenta y frena a Hitler, protegiendo débilmente la independencia de Austria. Último acto de buenas relaciones entre Francia e Italia (Mussolini-Laval).

El 1 de agosto, fallecido Hindenburg, Hitler (plebiscito de 19 de agosto de 1934) es proclamado Führer-Canciller, dueño de los destinos germánicos. Proclama sus reivindicaciones: reunión al Reich de todos los pueblos alemanes, Austria, Sudetes, Danzig, Alsacia.

Barthou promueve el último esfuerzo de «encerclement» de Alemania: pequeña Entente (Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia), con Polonia. Es asesinado en octubre en Marsella junto con el rey Alejandro de Yugoslavia.

Vienen ahora los grandes años del Fascismo. Mussolini decide acometer la expansión colonial de Italia. Francia (Laval) aun indecisa, tras lo del Anschluss (envío de tropas italianas al Brennero en 1934), la apoya débilmente: en vano Inglaterra concentra su flota en el Mediterráneo. Fracaso de Eden. El 5 de diciembre de 1934 se produce el primer incidente italo-etíope; en 2 de octubre de 1935 las tropas italianas invaden Etiopía y en 5 de mayo de 1935 entran en Addis Abeba. El Duce puede anunciar la efímera constitución y renacimiento de un nuevo Imperio «sobre las colinas fatales de Roma».

La inutilidad de las sanciones aplicadas por la Sociedad de las Naciones contra Italia, como antes contra el Japón, determinan, de hecho, el total descrédito de la siempre lamentable Institución ginebrina.

La pre-guerra 1936-1939

Y luego ya todo se acumula y precipita.

En 7 de marzo de 1936, Alemania ocupa el Ruhr. Ya queda sin vigor el Tratado de Versalles. «Economía» de guerra en Alemania: «Autarquía» en Italia.

En 18-julio-1936 estalla la Guerra en España. Guerra cuya profundidad ni entonces, ni ahora, ha sido nunca debidamente comprendida. Significativamente, se convirtió —verdadera piedra de contradicción— en un símbolo de todos los problemas provocados por un mundo anticristiano, y símbolo también de heroísmos y reacciones cristianas insospechadas. Mas esto es otra historia, como dicen exclamaba Rudyard.

Declaraciones de no intervención

El mundo, con un instinto casi sobrenatural, sigue las vicisitudes de la guerra de España (aun cuando

ésta no parece haya aportado mayor trascendencia político-guerrera posterior internacional) con una pasión que demuestra lo que antes hemos dicho: la profundidad y simbolismo de la guerra española, que hoy tantos llaman «guerra civil» y nadie se atreve ya a llamar «cruzada» ni tan solo, «guerra de liberación».

10-noviembre-1936.— Se proclama el Eje Roma-Berlín.

Junio 1936.— Triunfa en Francia el Frente Popular (Blum), al que sucede en junio de 1937, Chautemps.

Rusia 1937.— Stalin, desde hace ya muchos años dictador, exalta el «patriotismo», La Gepeou sucesora de la Cheka. Grandes purgas contra la oposición (Bonapartismo?): son fusilados los viejos e ilustres camaradas Zinoviev, Kamenev, Totkatchewsky, Bukarin, Jagoda y otros. La «Saint Barthelemy» rusa.

Enero 1936.— Fallece Jorge V, el último rey de la «inemnsa» Inglaterra: a fin de año abdica Eduardo VIII en favor de Jorge VI. Se suceden gobiernos conservadores tímidos: Baldwin, Neville Chamberlain. Dificultades con los países árabes y crecimiento del sionismo.

25-nov.-36.— Pacto Antikomintern Alemania-Japón. Este, en 1937 prosigue la invasión de China.

12-febrero-38.— Primera entrevista Hitler-Schuschnig. Destacan ya en la política mundial Goring, Goebbels y tantos otros personajes del nacismo. En 12-marzo-1938, las tropas alemanas ocupan Austria. Hitler consigue el Anschluss, suprema meta de la gran unidad alemana. Y aquél agradece personalmente a Mussolini su ayuda entre bastidores: «jamás lo olvidaré», dijo. Y esto lo cumplió, cinco años más tarde, al liberarle, con la hazaña de Skorzeny, de su prisión del Gran Sasso.

Ya tenemos el «Eje», Roma-Berlín.

En Francia, al frente popular, desacreditado, sucede Daladier, a quien Shakespeare hubiera llamado «de los tristes destinos».

29-marzo-1938.— Hitler prepara su primer ataque contra Checoslovaquia, en reivindicación de las zonas alemanas de los Sudetes. Forcejeos internacionales. Vano apelar a las democracias, siempre vacilantes. Diálogos Chamberlain-Hitler. La gran amenaza de guerra. Las idas y venidas de Chamberlain. Y, en fin, la Conferencia de Munich, Daladier, Chamberlain, Mussolini, Hitler con el triunfo de este último. Checoslovaquia queda reducida al mínimo.

En 14 de marzo de 1939, Seyss-Inquart, en nombre de Hitler —que ha llamado a su residencia al presidente checo—, en medio del mayor dramatismo, abre las puertas a las tropas alemanas, que ocupan Praga.

Hungría une sus reivindicaciones a las de Alemania.

Desorientación general, especialmente en Rumania y Yugoslavia.

Entre tanto, el día 1 de abril de 1939, Franco emite su último parte de guerra victorioso: ha terminado la de España.

Mas ya todo es tensión: en 7 de abril de 1939 Italia ocupa Albania y en este tiempo, Alemania, preparándose febrilmente, discute con Polonia por la cuestión de Dantzig.

¡Y, la gran guerra mundial II!

¡Es ya la II Gran Guerra Mundial, que estallará, al comenzar septiembre!

Fruto de la *política* absurda, antihumana, por anticristiana, cuyo estudio, en nuestro anterior capítulo, hemos finalizado en 1923, y cuyos otros aspectos sociales, culturales, ideológicos, etc., vamos a estudiar ahora. En lo político, fruto de esta Sociedad, laicizada definitivamente, que repudia a Cristo, bien visible, y que ha tenido su consecuencia y estallido en septiembre, en Dantzig.

Meses antes —y muy poco antes también de su muerte— el formidable y sobrenatural Papa Pío XI, el mismo que tan gallardamente había proclamado, en los años veinte, los derechos insprescriptibles de Cristo-Rey de las Naciones, ofrecía su vida, ya casi en su lecho de muerte, para que Dios concediese al mundo la paz. ¿Fue su sacrificio el que obtuvo el corto respiro de Munich, que, bien aprovechado, hubiera quizá, podido detener la catástrofe, a la que no hizo más que aplazar muy brevemente? Misterios de la Providencia.

Pero una vez más se cumplió este trágico sino de la libertad humana, rebelada contra su Dios y su Señor. «Fue a su Casa, y los suyos no le conocieron». ¡Una vez más!

Pío XI, al subir al Pontificado, señaló, solemnemente, como nadie nunca ha hecho, con gallardía, con intrepidez, con santa temeridad casi, el lábaro santo: la Bandera de Cristo Rey. La del único y legítimo Capitán nuestro que puede traernos la Paz. Pero el Mundo no quiso reconocer a su Rey. No contestó: ¡queremos que reine!; por el contrario: le negó su reinado.

Y los cortos años del período de «Entre-dos-guerras» demostraron la fatuidad, la vaciedad de todo aquel que cree en la Paz, si no es reconociendo previamente lo único que puede llevársela, y lo único que *aún vale más que ella*: el Reinado de Cristo sobre pueblos y naciones.

¡Cristo Rey!

LUIS CREUS VIDAL

El biello y la criba

EN PORTUGAL: DUO Y DUELO

La situación europea no es nada halagüeña. El comunismo internacional está distorsionando la política del equilibrio creada por las potencias liberales a la terminación de la última guerra. Era cuestión de tiempo y decisión. El comunismo sabía, desde Lenin, que la fuerza de las armas no es nada, a menos que esté sustentada por la fuerza de una fe. Así, venimos presenciando el desarrollo de la guerra psicológica leninista desde el año 1930. Sus efectos no sólo son palpables en las consecuencias directas de la última guerra, sino también en los avances del marxismo en Occidente:

ALEMANIA FEDERAL, minada por el espionaje comunista; GRAN BRETAÑA, manejada y dirigida por los comunistas desde la subversión de unos sindicatos paradójicamente llamados libres; ITALIA, convertida en un sonajero en manos de los comunistas; FRANCIA, con un ejército compuesto por soldados marxistizados o corrompidos por los comunistas en liceos y universidades; PORTUGAL, con el ejército en el poder, controlado por una oficialidad proveniente de los marxistizados centros universitarios; ESPAÑA, cada vez más minada por los agentes comunistas actuantes desde estamentos que se amparan en la Iglesia Católica: principalmente, comunidades cristianas y de base, y centros religiosos y docentes corrompidos por errores teológicos y dogmáticos, que siguen disfrutando el apoyo de personalidades católicas engañadas por teólogos disidentes y por obispos rebeldes, cuya ignorancia teológica va siendo cada día más potente y proverbial.

No podemos predecir el futuro, pero tal vez la lección que hoy da Portugal a Europa puede ser el despertador para los oportunistas que, en política, siguen la moda de flirtear con el socialismo y el comunismo, que son la misma cosa con distinto ropaje y distinto grado de desarrollo. Por ello, es de vital importancia reproducir hoy el artículo que, en primera plana, publicaba hace unos días "L'Homme nouveau" (4-V-1975).

«Cuando —hace un año— se anuncio que "la dictadura era abolida en Portugal" y que "elecciones libres" tendrían lugar en el plazo de un año, los países de Occidente —que continúan sin comprender lo que PIO XI llamaba la verdadera naturaleza del comunismo— creyeron que un régimen de democracia parlamentaria se iba a instalar en Portugal. Veían ya una derecha liberal, un centro jugando a la báscula y una izquierda socialista, pero democrática. Se imaginaban todavía a la extrema derecha como algunos grupúsculos de intelectuales ineficaces, pero sirviendo de punto de fijación a los nostálgicos del pasado, y a la extrema izquierda, como un partido comunista soñando en el futuro y jugando el papel del traidor en los antiguos "vodevils". ¡En su ingenuidad polí-

tica y su fatuidad teatral, SPINOLA se sentía el "de Gaulle" de esta evolución hacia el pluralismo democrático del Portugal nuevo!

Primera etapa: El duo socialista-comunista

Se sabe lo que ha acontecido. Cubierto por una «colección» de capitanes pomposamente bautizada «MOVIMIENTO DE LAS FUERZAS ARMADAS» (M.F.A.), SPINOLA no ha sido —desde el comienzo de la «revolución» más que el sombrero chillón, guarnecido de un monóculo y una fusta, de una realidad diferente. Del 25 de abril al 28 de septiembre de 1974, SPINOLA ha servido de coartada. Bajo la apariencia tranquilizadora de su tendencia liberal, de su (aparente) autoridad militar, los comunistas han montado —en algu-

nos meses— un aparato político y policíaco, ideológico y reeducativo suficiente para que la caída de SPINOLA llegue a ser posible sin verdadera reacción popular. El 28 de septiembre el duo de socialistas y comunistas UNIDOS hace saber a SPINOLA que si mantiene su llamada a una vasta manifestación para sostenerle, ellos opondrán una vasta contra-manifestación «socialista». ¡La sangre correrá! Después de algunas horas de vacilación, SPINOLA descubre que no tiene otra fuerza que su prestigio social. Frente a él, los comunistas han implantado ya fuertemente su «aparato» en las empresas, los sindicatos, las universidades, los barrios de las ciudades, una presentación en las campañas del Sur del país y el apoyo moral de los socialistas... Comprende —demasiado tarde— «la verdadera naturaleza del comunismo». Dimite.

El asalto comunista

Del 28 de septiembre de 1974 al 25 de abril de 1975, se desarrolla la segunda etapa de la revolución: un duelo por el poder entre socialistas y comunistas. Ese duelo no ha terminado.

Comienza a aparecer por primera vez en diciembre de 1974. Desde hace ocho meses, el partido socialista de Mario SOARES ha repetido —con una notable ignorancia política— el error de SPINOLA. Se ha cebado contra «la dictadura de Salazar» —muerto cinco años antes— no viendo que mientras perdía ese tiempo en maldecir el pasado, los comunistas —en la base día tras día—, anegaban, adoctrinaban, implantaban, preparaban el porvenir.

Por eso cuando en diciembre último— el Partido Comunista se consideró bastante fuertemente establecido en la base como para exigir que no hubiera en lo sucesivo más que un «sindicato único y obligatorio» en cada empresa, los socialistas comprendieron que habían construido un Estado utópico, en discursos y revanchas ideológicas, a pesar de que el leninismo realista de Alvaro CUNHAL había trabajado porque los comunistas —teniendo en su mano la totalidad de la vida sindical— estuvieran ya desde ese momento en condiciones de paralizar la actividad económica de todo el país. Mario SOARES intentó rebelarse, anunciando que iba a dimitir de su puesto de ministro de Asuntos Exteriores... Pero descubriendo que los verdaderos dirigentes de la armada, en el seno del M.F.A., apoyaban a los comunistas, SOARES y los socialistas se inclinaron. Después, los comunistas son los dueños de los sindi-

catos únicos y obligatorios a través de todas las empresas del país.

Contraataque fracasado de los socialistas

Mario SOARES comprendió entonces el alcance de su derrota. ¡Mientras que SPINOLA había intentado remediar la situación por un llamamiento a la opinión pública, SOARES intentó apoyarse sobre los elementos no comunistas del Movimiento de las Fuerzas Armadas!

El M.F.A. está teóricamente, dominado por una «Asamblea de los 200» que, por sí misma, ha elegido un Consejo de veinte miembros. Es esta junta la que ha ejercido, de hecho —de septiembre del 74 a marzo del 75— la dictadura militar paracomunista en Portugal. El jefe socialista SOARES, constatando que el Consejo de los veinte apoyaba a los comunistas contra él, cesó por fin de pasearse de Argel a Luanda y a Lourenço-Marques, juguete descolonizador que él había aceptado sin comprender el exilio político que le resultaría de ello. Buscó apoyo contra los veinte entre los doscientos donde figuraban (todavía) spinolistas e, incluso, algunos moderados de centro-derecha... Al mismo tiempo, SPINOLA —reintegrado a la vida privada, pero siempre presente en Portugal— se esforzaba en reunir de nuevo, entre esos mismos 200, una mayoría susceptible de volver la situación al seno del Movimiento de las Fuerzas Armadas. Conscientes del peligro, conscientes del hecho de que una alianza entre el liberal SPINOLA y el socialista SOARES podría aún eliminarlos del poder político, los

comunistas tendieron entonces la trampa del 11 de marzo pasado. Aquel día, poco antes del mediodía, cuatro aviones (digo CUATRO...) ametrallaron los edificios de un regimiento de artillería próximo al aeropuerto; después sobrevolaron la ciudad, volando a baja altura. Dos horas más tarde, la radio anunciaba el fracaso de un «golpe de estado fascista» y repetía a los cuatro vientos que SPINOLA acababa de fugarse a España con su mujer, acompañado de dieciocho oficiales y de sus familias... ¡había bastado para lograr esa comedia, «intoxicar» a SPINOLA, advertido en un contexto muy preparado, de tener que fugarse con sus más fieles partidarios, en razón de la depuración sangrienta inminente de los 200 «pinolistas más destacados»!

Desde entonces, los socialistas de Mario SOARES y los liberales de SPINOLA no tienen ya ningún apoyo posible. Los veinte miembros de la junta imponen, en las siguientes semanas, la nacionalización de los bancos y de las compañías de seguros: ¡ningún financiamiento de elecciones irá a los partidos moderados! Simultáneamente, el Partido demócrata-cristiano es disuelto, habiendo sido declarado «PELIGROSO PARA LA DEMOCRACIA Y LA SEGURIDAD DE LOS CIUDADANOS». Todos los spinolistas están expulsados de los consejos de la armada, y 120 de ellos encarcelados, así como cerca de un millar de civiles.

Última preparación de las «elecciones». A raíz del 11 de marzo, se establece un «Consejo Supremo de la Revolución», destinado a impedir todo proyecto «fascista», disfruta del

derecho de veto, no solamente sobre las decisiones del gobierno sino también sobre las del futuro Parlamento... La promesa hecha antes por el M.F.A. de remitir el poder a un gobierno civil en un plazo de dieciocho meses (lo más tarde en octubre de 1975) ha sido suprimida: ¡Los militares anuncian que permanecerán todavía en el poder de tres a cinco años, para garantizar la nueva libertad de Portugal y evitar el retorno a la dictadura!

En resumen, a nivel jurídico y constitucional, el objetivo de las elecciones era prácticamente ficticio. Los 247 elegidos del 25 de abril tienen la tarea de «poner a punto» una Constitución... cuya definición ha sido dada con anticipación por la junta dictatorial y que prevé un ejecutivo civil bajo tutela, y un ejecutivo militar ejerciendo esta tutela: el Consejo de la Revolución de 24 miembros, verdadero usurpador de todos los poderes.

El Parlamento podrá poner un poco de pintura para adornar el puchero. Pero no tiene, de ninguna manera, el derecho de remodelarlo, al estar todos los partidos empeñados en aplicar esta «plataforma política» de forma solemne, después de los sucesos del 11 de marzo último.

Las elecciones: fuera del socialismo, ninguna «libertad»

El OBJETO de las elecciones era, pues, ficticio. Por otro lado, la libertad de presentarse a ellas ha sido tan reducida, que se la puede definir como totalmente ilusoria. Para comprender el juego verbal que ha permitido ese resultado, es preciso

meterse en la cabeza una ecuación: socialismo igual a libertad. En consecuencia, llega a ser simétricamente incontestable que todo no-socialista —a fortiori todo adversario del socialismo— no es un partidario de la libertad o, más bien, es un adversario de la Libertad.

¡Es, pues, salvar la libertad el impedir que los partidos no-socialistas, o adversarios del socialismo se presenten a las elecciones! Como se ve —y como se sabía— la revolución comienza en el vocabulario

Así se hizo. El 26 de enero, el congreso del Centro democrata y social (centro derecha) fue imposible por la agresión física de grupos de acción comunistas contra los trescientos congresistas reunidos en Oporto, en el palacio de cristal. El punto de emisión radiofónica católico ha enmudecido por decisión gubernamental. Después de los acontecimientos del 11 de marzo —como he dicho anteriormente— el Partido democrata-cristiano ha sido prohibido. Se sabe que, por otra parte, han sido confeccionadas listas considerables de personas marcadas por una especie de indignidad nacional. Para «sanear la función pública», unos 12.000 funcionarios han sido destituidos, revocados, encarcelados. El número de personas en prisión es —según la opinión del «Nouvel Observateur»— mucho más elevado que en el tiempo de la «dictadura».

Los comunistas —habiéndose introducido en la base sindical— trabajan desde entonces con energía en desarrollar una infiltración en la administración municipal. Un escenario se ha hecho corriente. El «pueblo» —o sea, toda asamblea roja de

más de veinte personas— se reúne ante el ayuntamiento y reclama la dimisión del alcalde. Sobre la marcha, se escoge otro... ¡por aclamación! Igualmente, toda casa cuyo propietario esté ausente es ocupada, y se convierte en la sede de un comité revolucionario. Se hace una ruidosa publicidad para celebrar esos testimonios de la libertad del pueblo. En las universidades, los estudiantes de izquierda, que hacen la ley, decretan la exclusión de todo profesor que no es «rojo». El terror se insinúa por todas partes, y es disimulado por una atmósfera ruidosa, exaltada como «fiesta revolucionaria».

He ahí en qué sentido las diversas radios de los países libres y las diversas cadenas de televisión se han atrevido a decir que «por primera vez desde hace cincuenta años, Portugal ha podido proceder, en la alegría y en la fiesta, a elecciones verdaderamente libres».

De hecho, y por primera vez, los Portugueses sólo han tenido elección ENTRE DIVERSAS FORMAS DEL SOCIALISMO. El fracaso del partido centro derecha —que correspondía, hace un año, a la aspiración de los dos tercios de la población— es el resultado, a su vez, de las trabas puestas a la campaña electoral, y al cálculo político de los Portugueses que han creído votar «útil», votando por Mario SOARES.

El duelo continúa

Después de esas elecciones, no se ha jugado nada. La victoria del Partido socialista y del Partido popular-democrático no reviste, profundamente más que un significado: el pueblo por-

tugués ha votado CONTRA el comunismo. Ahora bien, no se le ha dejado, de frente, más que la alternativa del socialismo «democrático». ¡Lo cual no tiene nada de democrático!

Mediante todo ello, el Partido comunista tiene, de hecho, el Consejo Superior de la Revolución, organismo tutor. Tiene los sindicatos únicos, las

universidades y un número creciente de municipalidades.

La historia de los meses futuros va, pues, a desarrollarse al mismo tiempo que la prosecución ineludible del duelo entre el Partido comunista —que tendrá la fuerza— y el Partido socialista que tendrá (una apariencia de) justicia y buen derecho...

Esta será, sin duda, la historia de la cabra de M. Seguin, que luchó toda la noche. Mario SOARES tendrá —apoyado por la simpatía del lector extranjero— el papel de la cabrita blanca. Alvaro CUNHAL y su Partido comunista, el papel del lobo.

MARCEL CLEMENT

PORTUGAL, SIMBOLO TRAGICO

I

Los últimos acontecimientos ocurridos en Portugal y el casi total dominio del estado lusitano por el comunismo soviético, ha suscitado en mí una meditación ciertamente inevitable dadas las particulares circunstancias que me ha tocado vivir.

Pocos días después de la caída del gobierno de Caetano, llegamos a Lisboa, mi mujer y yo, con el único propósito de peregrinar al santuario de Fátima.

Llegamos a nuestro alojamiento en Lisboa e, inmediatamente, salimos a recorrer la ciudad. Nuestra desazón y nuestro dolor fueron en continuo crecimiento. Nos encontramos con una suerte de ciudad invadida por una catarata de propaganda comunista. Sobre los más antiguos y venerables monumentos estaban estampadas las leyendas «rojas» en rojo. La barbarie marxista había pasado por allí pintando en las paredes *las mismas* consignas que habíamos leído tantas veces en los muros de las Universidades argentinas; solamente el idioma había cambiado. Las mismas consignas del comunismo italiano ensuciando

las ruinas milenarias, las mismas que leemos en ciertas solicitadas y en ciertas publicaciones argentinas. Algo se había derrumbado: una larga paz, interior y exterior, prometida por María Santísima a Portugal en 1917, había dejado de existir. ¿Qué significado tenía aquello? Mirado este desastre con los ojos de la Fe, ¿qué simbolizaba para Portugal y para el mundo la clausura de un ciclo de paz mariana? Con estas preguntas en el alma partimos el día 12 para Fátima.

Confieso no haber estado muy contento en Fátima, pese al gozo que experimentaba al cumplir un deseo largamente sentido. Mientras nos acercábamos a Fátima, el Rosario recorría en silencio nuestra interioridad y preparábamos así nuestro corazón. La observación de la piedad de muchos portugueses, algunos de los cuales habían llegado caminando desde lejos, me produjo una mezcla de gozo y dolor a la vez; gozo de ver una piedad tan pura y tan simple, dolor porque tenía el sentimiento de un retroceso de la Gracia en el querido país desde el cual María había hablado a los hombres. Mientras aldeanos

arrastrábanse de rodillas con el Rosario en las manos en dirección a la Capelinha, en Lisboa el comunismo se apoderaba de la educación, de las instituciones y de la calle; los homosexuales pedían agremiación legal en virtud de la dialéctica de la dependencia y la liberación, los antiguos «sin Dios» volvían a asomarse a los diarios y revistas, los mismos que habían vilipendiado las apariciones de Fátima en 1917 y años sucesivos. Antes y después de la Misa, a los pies de la Señora, pusimos no solamente el simple amor por Ella y los pedidos por el destino de la Argentina y por tantas y tantas cosas, sino que rogamos por Portugal. Nos parecía que el avance de la iniquidad en el país de Fátima no solamente tenía un significado para Portugal, sino para todo el mundo.

II

En efecto, una larga paz mariana se había quebrado no sólo en las calles de Lisboa, sino también en muchas almas. Quizás estábamos impresionados por la lectura del manifiesto de los homosexuales titulado «Li-

berdade para as minorias sexuais» (*Diário da Lisboa*, 13, 5, 74, pág. 28) que, en nombre de la dialéctica marxista, hace proposiciones nefandas. Pero no. No era una impresión subjetiva: algo se ha quebrado en Portugal y tiene significación mundial.

Para quedar firmemente convencidos de esto basta hacer un poco de historia. El canónigo Barthas, en su conocido libro sobre las apariciones, dedicó un capítulo a la relación entre Fátima y los destinos de Portugal, mostrando con gran claridad el contraste entre el caótico estado de la nación lusitana antes y después de Fátima. *Antes*, desde la guerra civil de 1820 hasta el casi total dominio de la Masonería tanto bajo la monarquía cuanto bajo la república; hasta el Congreso de librepensadores de 1911, en el cual se proclamó que en dos generaciones más el Catolicismo habría sido eliminado de Portugal. En ese mismo año se promulgó la ley de la separación, se suprimieron las relaciones con la Santa Sede, fueron expulsados de sus diócesis varios obispos y echados del país numerosos sacerdotes y religiosos. Según Barthas, la reacción católica comenzó hacia 1915 con la famosa Cruzada del Rosario, y en octubre de 1917, la Santísima Señora se dignaba hablar a los tres niños de Fátima. *Después*, Portugal «dio signos evidentes de apaciguamiento y de recuperación»; el liberal pero digno Sidonio Paes derogó las disposiciones más negativas hasta caer asesinado por las secas a las que él mismo había pertenecido (cf. C. Barthas, *La Virgen de Fátima*, págs. 465-

473, ed. esp. Rialp, Madrid, 1963). Particularmente desde 1926, Portugal se destaca por su *retorno a Dios*, por la *paz interior* y exterior. Como los pastorcitos lo habían recomendado y anunciado, *si* Portugal seguía por la buena senda, el país se salvaría de la guerra (la de España primero, la mundial después). El Episcopado portugués así lo reconoció explícitamente reunido en la Cova de Iría. La Señora de Fátima guardaba el orden y la paz de Portugal, por su fidelidad a su Inmaculado Corazón. Pío XI, dirigiéndose a la Acción Católica en Portugal, reconoce explícitamente que la nación lusitana había sido «recientemente favorecida de manera extraordinaria por la Santísima Virgen» (Carta *Ex officiosis litteris*, 2). Así lo hizo el Papa de Fátima, Pío XII, varias veces; pero la más importante es su alocución radial con motivo de la coronación de la milagrosa imagen de la Virgen de Fátima 13, 5, 1946) que expresamente cita en su hermosa encíclica *Ad caeli Reginam* (1954) sobre la realeza de María y la institución de su fiesta (cf. n.º 2). Precisamente como reconocimiento del milagroso acontecimiento de Fátima, Pío XII parece así movido a la explícita proclamación de la *realeza* de la Madre de Dios. En otros documentos el mismo Pontífice insiste sobre el «milagro de amor» de Fátima (cf. B. Barthas, *op. cit.*, pág. 476). Por todo lo cual un católico, hoy, con los ojos de la Fe, no puede menos de ver gravísimos signos negativos para nuestro tiempo, cuando aquel maravilloso «retorno a Dios» ha sido oficialmente re-

emplazado por el *rechazo de Dios*. La paz mariana portuguesa ha tocado a su fin.

III

La Reina de Portugal fue coronada Reina del Mundo en 1942 por el Papa como humilde respuesta del Pontífice a los deseos de María expresados a través de los niños de Fátima. Sin embargo, en carta de Lucía al Obispo de Leiria en 1932 (es decir, diez años antes) se lee que «Así como el rey de Francia no atendió mis peticiones, el Papa ha de consagrarme Rusia, *pero será tarde*». Esa consagración llegó veinte años después (1952). Mientras tanto, Portugal seguía en *paz* y en *orden*. Esta paz y este orden se han quebrado. La paz mariana de Portugal ha sido quebrada por la invasión de la iniquidad, este acontecimiento es signo de una realidad también misteriosa pero negativa y es símbolo verdaderamente trágico para el mundo. Porque la infidelidad de la nación que albergó en su seno el Mensaje de la Señora, no *significa* solamente respecto de Portugal sino que se proyecta hacia *toda la humanidad*. ¿Qué está por pasar en el mundo ya invadido por una ola al parecer incontenible de iniquidad? ¿Qué contenía el sobre que debía ser abierto en 1960? ¿Por qué no ha sido dado a conocer?

Por eso, por todo esto que expreso sin mayores tecnicismos, sino solamente movido por el espíritu de Fe, me preguntaba a los pies de la Señora en Fátima: *¿Qué está por pasar ahora en el mundo?*

ALBERTO CATURELLI

Del Vietnam «liberado»

por los comunistas

HIGINIO ARANA, S. J.

En Formosa, la caída de Vietnam en manos comunistas causó profunda impresión, lo mismo que el éxodo de los vietnamitas que han abandonado su país.

Formosa se ha preocupado de los refugiados: la caridad de todos se ha volcado sobre los que huyendo del comunismo se han quedado sin familia, sin patria. Huyen del comunismo, porque el comunismo sigue siendo ateo, materialista, violento. Quedarse en un país comunista es esperar la muerte y exponerse a perder la fe; refugiarse en naciones libres es conservar la esperanza de poder contrarrestar la avalancha comunista.

Los sacerdotes católicos y la Jerarquía con el Nuncio al frente determinaron quedarse para seguir la suerte de los fieles que no han podido huir. Poco después expulsaron al Nuncio.

Gran parte de los refugiados que han llegado a Formosa y han sido acogidos por el Gobierno, son familias chinas o descendientes de chinos que tienen parientes en Formosa. El antiguo Presidente, Yuan Ruei-shao—como se le llama en China—se ha refugiado en Formosa, donde vive como una persona privada entre los numerosos amigos que tiene. El Gobierno chino ha prometido ayuda económica a todos los estudiantes

vietnamitas que estudiaban en Formosa en el momento de caer su patria en manos comunistas. Espera encontrar entre ellos futuros colaboradores en la lucha contra el comunismo.

Una foto del Vietnam del Sur muestra un juicio popular: un joven de 23 años, reconocido anticomunista y dirigente, es sentenciado a muerte al aire libre y ejecutado en el acto delante del pueblo. Ha empezado el período de sembrar el terror. Otra foto muestra a los soldados del ejército «liberador» liquidando las tiendas de los capitalistas: joyerías, relojerías, artículos de lujo. Otra, muestra desfiles políticos atacando el «imperialismo americano», la «cultura reaccionaria»... Otra muestra a los oficiales y empleados del gobierno haciendo «sus confesiones» si quieren continuar en sus puestos con el nuevo régimen: seguirán o se les liquidará, no según el número de «pecados», sino según su sincero «lavado de cerebro». Las fotos prueban que el comunismo del Vietnam es el mismo que el de Rusia, que el de España, que el de China...

Es verdad que en mayo, el domingo 4, en la catedral de Hanoi aún hubo misa, en la que asistieron unos 2.500 católicos. También es cierto que se dan 50 seminaristas en el seminario

de Hanoi, No quiere decir eso que los católicos tienen libertad con el comunismo. La explicación es sencilla: Los comunistas no se han metido «aún» del todo con la religión. El primer blanco del ataque comunista es siempre el ejército y sus oficiales, con los gobernadores civiles; el segundo blanco son los ricos y los intelectuales; sólo entonces, cuando el pueblo no tiene quien le dirija, empiezan a destruir la religión y cambiar en cuanto pueden la cabeza del pueblo.

Con todo, antes del primero de mayo de este año, las dos terceras partes de las iglesias del Norte estaban o cerradas o destruidas. Según el pacto del 21 de julio de 1954, los comunistas del Norte prometieron dejar marchar a todos los ciudadanos que quisieran ir al Sur. Pero emplearon toda clase de medios para impedir que se marchasen los que ellos querían. Prohibieron a los camiones transportar refugiados; permitían marchar al Sur a todos los miembros de una familia, excepto uno; despedían «a tiros» a los barcos que huían hacia el Sur. El P. Patrick O'Connor, que entonces se encontraba en Vietnam, pudo hablar con los mismos refugiados y recoger sus impresiones. Fueron unos 800.000 los que en aquella se-

mana huyeron al Sur, pero no todos lo hicieron legalmente, porque los comunistas sólo dieron permiso a unos 30.000. El P. O'Connor pudo llegar a la conclusión que huían del comunismo porque lo conocían: habían experimentado el terror comunista.

Este año, ante el avance del ejército comunista, hubo otra avalancha de refugiados. Sabían que en la reforma agraria del

Norte, llevada a cabo los años 1955-1956, unos 50.000 propietarios fueron fusilados en sus propias aldeas. Los campesinos fueron obligados a entregar sus tierras al gobierno, que los controla por medio de «cooperativas».

El año 1968 los comunistas ocuparon Hue. Después de veinticinco días tuvieron que retirarse ante la ofensiva del Go-

bierno del Sur. En ese espacio de tiempo más de 3.000 personas desaparecieron. Después de la huida de los comunistas se encontraron fosas comunes donde se reconocieron unos 2.800 cadáveres, atados de pies y manos con alambres, y, a juzgar por la expresión, algunos fueron enterrados vivos. El mundo se pregunta por qué huyen del comunismo. La respuesta es sencilla: porque lo conocen.

1 de noviembre de 1950

DOGMA DE LA ASUNCION DE MARIA

«Después de elevar a Dios muchas y reiteradas preces y de invocar la luz del Espíritu de la Verdad, para gloria de Dios omnipotente, que otorgó a la Virgen María su peculiar benevolencia; para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte para aumentar la gloria de la misma augusta Madre y para gozo y alegría de toda la Iglesia, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra, PRONUNCIAMOS, DECLARAMOS Y DEFINIMOS SER DOGMA DIVINAMENTE REVELADO QUE LA INMACULADA MADRE DE DIOS, SIEMPRE VIRGEN MARIA, TERMINADO EL CURSO DE SU VIDA TERRENA FUE ASUNTA EN CUERPO Y ALMA A LA GLORIA CELESTIAL.»

COMPRENDO QUE ALGUNOS NO CREAN EN DIOS (POR SU IGNORANCIA, PASIONES, ETC.), PERO QUE QUIENES CREEN EN DIOS (DE QUIEN TODO DEPENDE) NO ACUDAN A EL DE CONTINUO, ESO NO LO COMPRENDO.